

Elecciones 1990

DEMONIOS Y REDENTORES  
EN EL NUEVO PERU  
Una tragedia en dos vueltas

Carlos Iván Degregori  
Romeo Grompone

MINIMIA IEP



ELECCIONES 1990  
DEMONIOS Y REDENTORES  
EN EL NUEVO PERÚ

Elecciones 1990  
DEMONIOS Y REDENTORES  
EN EL NUEVO PERÚ  
Una tragedia en dos vueltas

Carlos Iván Degregori  
Romeo Grompone

MINIMIA IEP

MINIMIA IEP



© IEP ediciones

Horacio Urteaga 694 , Lima 11

Telf. 32-3070 /24-4856

Impreso en el Perú

1ra. edición, marzo 1991

2,000 ejemplares

ISBN 84-89303-07-X

Edición y diseño: Gonzalo Nieto Degregori

# CONTENIDO

PRESENTACIÓN. Historia de un deicidio 11

## FUJIMORI: RAZONES Y DESCONCIERTOS

Romeo Grompone

Introducción	21
1. La debilidad del sistema de partidos y la crisis de las estructuras de mediación	23
2. Los clivajes sociales y étnicos	37
3. El voto de los informales	42
4. Los medios de comunicación, las encuestas y los circuitos alternativos	52
5. Los riesgos y las incertidumbres	62
Referencias bibliográficas	66

## EL APRENDIZ DE BRUJO Y EL CURANDERO CHINO

*Etnicidad, modernidad y ciudadanía*

Carlos Iván Degregori

Primera parte. *La modernidad, ja ja* 71

Vargas Llosa: Modernidad, tradicionalismo,  
etnicidad

1. La ideología 76

2. La base social	79
3. Los mil rostros del mercantilismo en el Perú	84
4. "Modernización tradicionalista"	94
Segunda parte. <i>¡Piruanos, carajo!</i>	99
Fujimori: Etnicidad, modernidad y ciudadanía	
1. El factor étnico	102
2. Las varias modernidades	111
3. Un pueblo en busca de una representación política	121
4. Los límites de una victoria inesperada	125
Epílogo. <i>De cómo la zorra no supo ser erizo</i>	129
Bibliografía	133
Anexo	137

# PRESENTACION

La arrolladora victoria del Ing. Alberto Fujimori en las elecciones presidenciales celebradas en el Perú el 10 de junio de 1990, constituyó la mayor sorpresa en los anales de la historia electoral del país. Fujimori era candidato del movimiento independiente *Cambio 90*, que agrupaba a pequeños industriales, comerciantes y microempresarios "informales", profesionales y pastores evangélicos. A la cabeza de tan sorprendente y heterogéneo conglomerado, ese ingeniero agrónomo, hijo de japoneses, con dificultades para expresarse correctamente en castellano, derrotó por más de 20% de diferencia a la mayor gloria viva de las letras peruanas, Mario Vargas Llosa, candidato del Frente Democrático (FREDEMO)<sup>1</sup>, quien se consideraba seguro ganador hasta la inesperada irrupción de Fujimori.

1. Como se sabe, a mediados de 1989 los tradicionales partidos de derecha y centroderecha, Popular Cristiano (PPC) y Acción Popular (AP), se aliaron con el nuevo movimiento Libertad para formar el FREDEMO. Libertad, surgido luego del fallido intento de estatificación de la banca emprendido por el presidente Alan García en julio de 1987, abrazó un agresivo neoliberalismo que logró entusiasmar a sectores altos y medios limeños alrededor de la figura de Mario Vargas Llosa, quien fue designado candidato presidencial del FREDEMO.



En efecto, a pesar de la hiperinflación que agobiaba el país, hasta fines de marzo la campaña electoral se desarrollaba sin sobresaltos. Con alrededor del 40% de intención de voto en las encuestas, la derecha unida en el FREDEMO parecía no tener rivales. El APRA, partido de gobierno, se hallaba desgastado por la crisis económica y el personalismo exacerbado del presidente García. La izquierda, segunda fuerza electoral en 1985, se presentaba dividida en dos candidaturas: Izquierda Unida (IU) e Izquierda Socialista (IS), que no lograban despertar el entusiasmo de los electores. El FREDEMO parecía tenerlo todo: la unidad; un programa neoliberal coherente, elaborado por un calificado equipo de técnicos; el asesoramiento de *Sawyers & Miller*, una de las empresas de *marketing* político más importantes del mundo; un candidato "de lujo" y el apoyo de los principales grupos de poder económico, que poblaron sus listas parlamentarias de dirigentes de la poderosa Confederación de Instituciones Empresariales del Perú (CONFIEP).

En esas condiciones, durante la mayor parte de la campaña los esfuerzos del FREDEMO se centraron en superar el 50% de los votos necesarios según la ley electoral peruana para alcanzar la presidencia sin necesidad de ir a una segunda vuelta entre los dos candidatos más votados, y para contar con mayoría propia en el Congreso. Sin embargo, hacia la tercera semana de marzo, del grupo de cinco candidatos chicos, que no sobrepasaban el 1 o 2% en las encuestas, comenzó a destacar Alberto Fujimori, que en pocos días alcanzó el 10% de intención de voto en Lima. Lo que la prensa denominó *tsunami*, había comenzado. En las dos semanas siguientes su despunte se extendió a todo el país. El 8 de abril la gran sorpresa: Vargas Llosa alcanzaba apenas el

27.6% de votos, mientras Fujimori conquistaba el segundo lugar pisándole los talones con el 24.6%.

Los resultados alteraron sustantivamente el mapa político peruano. La izquierda descendió del 26% obtenido en 1985, al 11 %: 7% de IV y 4% de IS, que postulaba a Alfonso Barrantes, alcalde de Lima en el período 1984-1986, quien hasta entonces había mostrado una singular capacidad de vincularse con el electorado popular y al principio de la campaña aparecía como el más serio competidor de MVLI. El APRA descendía del 48% obtenido en 1985 a un 19%, que demostraba a pesar de todo la capacidad de convocatoria del partido que había llevado al país a la inflación y la recesión más graves de su historia. La derecha vio naufragar sus esperanzas de una victoria arrolladora, ubicándose apenas 8.6% por encima del magro 19% que alcanzaron AP y PPC sumados en las elecciones de 1985.

Pasada la conmoción del maretazo, los analistas recurrieron a explicaciones *ex post facto* para transmitir la sensación de que todo volvía a ser coherente, aunque las razones llegaran después del naufragio. Así, se mencionó el hartazgo de la población frente a la clase política; los errores de estrategia del FREDEMO: la excesiva arrogancia de MVLI o su sinceridad sobre los efectos del *shock* (ajuste económico) que iba a poner en práctica en los primeros meses de su gobierno; se mencionó asimismo la ausencia de una opción de centro, espacio vacante por el fracaso del gobierno de Alan García, a disposición de quien tuviera la lucidez y audacia para ocuparlo. Otras explicaciones, menos sujetas a las presiones de la coyuntura, aludían a la creciente separación entre Estado y sociedad, las dinámicas cada vez más autónomas de una y otra esfera y la influencia de redes de comunicación mal conoci

das, que articulaban un rápido y eficaz intercambio de informaciones y opiniones entre los sectores populares urbanos y campesinos. Los actores decisivos en el tejido de estas redes iban desde el grupo emergente de los empresarios informales hasta los predicadores evangélicos, uno de ellos candidato a vicepresidente por Cambio 90 y otras varias decenas postulantes a senadores y diputados en las listas de dicho movimiento.

El Frente Democrático enfrentó la batalla decisiva por la segunda vuelta en desventaja, pues debido entre otras causas a la campaña altamente agresiva que había desarrollado Vargas Llosa, la mayoría de aquellos que votaron por el APRA y las izquierdas se inclinaban por Fujimori. A partir de esa evaluación, los estrategas fredemistas y sus asesores extranjeros decidieron concentrarse en cambiar las actitudes y decisiones de quienes votaron por Fujimori, estimando que un pronunciamiento electoral tan inesperado debía resultar también extremadamente frágil, altamente volátil.

Rectificando los errores de la primera vuelta, el FREDEMO no habló esta vez de su política de shock neoliberal, sino de su Programa de Acción Social (PAS), destinado justamente a paliar los efectos del shock entre las clases populares. Fue un Vargas Llosa transformado, vestido con ropas sencillas, el que recorrió esta vez el país besando a niños minusválidos, abrazando madres pobres, bailando *chicha*, enviando a través de su esposa toneladas -de viveres a los damnificados por un sismo que estremeció la amazonía, mientras se adherían públicamente a su candidatura las principales estrellas de la televisión peruana y los más queridos ídolos del deporte nacional.

Como telón de fondo de su ofensiva, el FREDEMO desató la "guerra del fm del mundo"

contra Fujimori hurgando lo más recóndito de sus cuentas bancarias, antecedentes judiciales, trayectoria profesional y vida privada, en un afán por descalificado moralmente, a imitación de las "campañas negativas" que tan buenos réditos les dieran a Ronald Reagan y George Bush en los EEUU. El objetivo era erosionar la imagen del candidato nisei, quien hasta entonces aparecía como profesional honesto, eficiente y libre de cualquier vínculo con la clase política tradicional. Se trató de probar sus vinculaciones con el APRA y presentado como evasor de impuestos a lo largo de más de quince años en negocios inmobiliarios. Peor aún, se lanzaron ataques, que Vargas Llosa rechazó explícitamente, contra la condición étnica del candidato de Cambio 90. Un vocero del FREDEMO llegó a declarar que la "constitución histórica" (no escrita) del Perú, no permitiría que "un peruano de primera generación" accediera a la presidencia.

En este caldeado ambiente, algunos volantes de dudosa procedencia circularon restringidamente en Lima y algunas provincias. En ellos, grupos evangélicos cuestionaban los privilegios constitucionales de la iglesia católica. Entonces, en una respuesta desproporcionada, los Arzobispos de Lima y Arequipa se sumaron de facto a la campaña de MVLI y sacaron en procesión a las veneradas imágenes del Señor de los Milagros en Lima y la Virgen de Chapi en Arequipa, para responder al desafío evangélico que, según medios cercanos al FREDEMO, se agazapaba en las filas de Cambio 90.

Ante la contraofensiva fredemista, Fujimori se limitó a mantener su discurso de centro izquierda, que le bastaba para ganar los votos del APRA y las izquierdas sin comprometer su imagen independiente. Mientras Vargas Llosa se concentró en Lima, su campaña privilegió las

provincias. El candidato de Cambio 90 no respondió a los ataques ni a las denuncias sobre evasión de impuestos, aunque echó leña al fuego del enfrentamiento étnico al referirse al "*chinito y los cholitos*" que derrotarían a los *pitucos*, haciendo notar al mismo tiempo su profesión de fe católica en contraste con el agnosticismo de Mario Vargas Llosa.

Sin embargo, el incesante machacar de los medios de comunicación pareció rendir frutos, pues Fujimori comenzó a perder lentamente puntos. Pero los desertores de Cambio 90 no pasaban al campo de Vargas Llosa, sino que iban a engrosar las filas de los indecisos. Así y todo, en vísperas de la segunda vuelta las diferentes empresas encuestadoras daban un virtual empate entre los dos candidatos. El 10 de junio, la segunda, apabullante sorpresa: Fujimori 57%; Vargas Llosa 33.5%. El porcentaje de nulos y blancos no llegaba al 10%, bastante por debajo del promedio de la última década.

Los dos textos que conforman el presente volumen, exploran diferentes dimensiones de este inesperado desenlace, que ayudan a comprender el nuevo escenario político y social peruano en la década de 1990 y la fragilidad e imprevisibilidad del gobierno actual. El trabajo de Romeo Grompone fue realizado como parte del proyecto "Partidos políticos y representación ciudadana", que desarrolla el IEP, y constituye una aproximación desde la sociología política. El de Carlos Iván Degregori pone énfasis en los aspectos étnico-culturales del proceso electoral. En la recolección de información para este último artículo colaboró Carlos Pradillo de la Universidad de San Marcos.

Estando en prensa este trabajo ha aparecido el libro *El diablo en campaña*, de Alvaro Vargas Llosa, hijo del candidato y vocero oficial del

FREDEMO durante la campaña electoral. Por razones de edición, sólo hemos podido incorporar apenas un par de notas a pie de página en referencia a dicho texto, a partir únicamente de la lectura de los avances que publicó la revista *Caretas* el 28 de enero de 1991.

FUJIMORI:  
RAZONES Y  
DESCONCIERTOS

ROMEO GROMPONE

*Esta publicación forma parte del proyecto  
"Partidos políticos en el Perú ", auspiciado por  
la Fundación Ford.*



## **Introducción**

Los resultados de la primera vuelta electoral del 8 de abril de 1990 en la que la votación obtenida por Mario Vargas Llosa supera por pocos puntos a la de Alberto Fujimori provocaron un sentimiento generalizado de sorpresa y desconcierto entre elites políticas, periodistas, consultores internacionales, expertos en el estudio del mercado político, sociólogos y politólogos. En suma, en quienes trataban de orientar o formar a la opinión pública y en aquellos que asumían estar en las mejores condiciones, por sus conocimientos e informaciones, para interpretar los cambios recientes en la sociedad y en la voluntad de los ciudadanos.

Este pronunciamiento electoral puso en evidencia, como un golpe o una acusación, el inculcable distanciamiento que existía entre las percepciones que algunos grupos tenían acerca de la realidad social del país y la manera en la que esta misma realidad se expresaba, a través de los sectores populares, de modo tumultuoso e imprevisible.

Lo cierto es que en las encuestas que siguieron por meses las tendencias y las oscilaciones de los electores, la súbita aparición de Fujimori

se registra como una interferencia que rompe con todos los pronósticos previos, como un misil que partiendo de un refugio desconocido se eleva a una inusitada velocidad y consigue dar en el blanco. En dos semanas, el porcentaje de preferencias por el conductor de un movimiento llamado Cambio 90 que aparentemente no había desarrollado una labor sistemática para concitar el apoyo del electorado, se eleva (de acuerdo a las empresas especializadas en opinión pública) desde niveles que apenas superaban el 1% a disputar el primer lugar con Mario Vargas Llosa.

Los cambios de estrategia del FREDEMO a los que se alude en la introducción de estos artículos - hacen que en la segunda vuelta aparezca otra vez, con la velocidad y el encandilamiento de una ráfaga, otro momento de confusión, como si lo ocurrido meses atrás sólo hubiera sido un episodio circunstancial o apenas un espejismo. La legislación electoral peruana prohíbe que se hagan públicos los resultados de las encuestas desde dos semanas antes de los comicios, pero los sondeos, que de todas maneras se seguían haciendo, indicaban una votación muy reñida. A cuarenta y ocho horas del 10 de junio de 1990 algunas empresas de opinión pública pronosticaban el triunfo del FREDEMO; sólo una de ellas prevía una ventaja de siete puntos a favor del candidato de Cambio 90. Muchos analistas estimaban que se estaba produciendo un vuelco sustantivo en relación a la coyuntura de la primera vuelta. Los resultados finales fueron del 57% de los votos emitidos para Alberto Fujimori y del 33.5% apoyando a Vargas Llosa. Las elites resultaron otra vez tomadas por sorpresa como si los acontecimientos anteriores no hubieran bastado para tomar precauciones y mostrarse prudentes.

El presente artículo examina algunos procesos de la década del 80 que explicarían el triunfo

electoral de un candidato independiente y poco conocido. Estos procesos tienen que ver con las dificultades que ha tenido la democracia peruana para consolidar un sistema de partidos estables y la paulatina crisis de estas organizaciones en su capacidad de representar a los sectores populares; la debilidad de los grupos de interés y en general de las estructuras de mediación; las nuevas expresiones que toma en el Perú este persistente vínculo entre los clivajes sociales y étnicos y las adhesiones electorales luego de la gestión de Alan García y la división de las izquierdas; la creciente gravitación de las actividades informales en la definición de comportamientos y valores y finalmente la influencia de extensas redes de contacto interpersonal que compiten con los medios de comunicación en la formación de las opiniones y en la toma de decisiones.

### **1. La debilidad del sistema de partidos y la crisis de las estructuras de mediación**

El advenimiento de la democracia en el Perú en 1980 somete a los partidos políticos al desafío de definir algunos principios de articulación en una sociedad con profundas escisiones sociales, culturales, étnicas, regionales y donde buena parte de su población ha vivido procesos de movilización, traslados de campo a ciudad, cambios de trabajo y redefinición de expectativas. En una situación que presenta estas características, las organizaciones políticas se encuentran al mismo tiempo más exigidas y más inermes, obligadas a síntesis provisionales en las que tienen que interpretar mensajes a veces contradictorios y estar atentas a la plasmación de nuevas demandas.

En un contexto caracterizado por esta fluidez los partidos tienen que intentar establecer un marco estable de relaciones entre ellos, si quie

ren que el conjunto del sistema político adquiriera visibilidad para estas clases populares que están viviendo procesos de emergencia y de cambio. Sólo afirmando este marco institucional los nuevos actores estarán en condiciones de identificar con claridad las vías de acceso para la presentación de sus demandas y avanzar en criterios más elaborados para evaluar la gestión de las elites. De lo contrario, un proceso democrático que pugna por afirmarse - en una sociedad convulsionada por la acción de grupos alzados en armas a lo que se agregará después los efectos de una severa crisis económica - va a estar amenazado por el riesgo de la desconfianza y de la falta de credibilidad. Esta situación puede volverse inmanejable ante el fracaso de la gestión de los sucesivos gobiernos. En todo este período no llega a constituirse en el Perú un sistema de partidos que obre como referente para el conjunto de ciudadanos. Para ilustrar algunas de las razones de esta condición de fragilidad, vale la pena tomar en cuenta tres momentos: las coyunturas políticas y electorales de 1980, de 1985 y de 1990.

Las primeras elecciones presidenciales posteriores a la caída del régimen militar ofrecían indicios de nuevas definiciones y realineamientos. Ellos parecían apuntar a la formación de un sistema de partidos competitivo con perspectivas de larga duración y posibilidades de reemplazos ordenados en el ejercicio del poder. Tanto Acción Popular como el APRA realizaban una amplia apelación, orientado el primero a presentar una imagen de centro derecha y el segundo de centro izquierda. Los discursos predominantes se distanciaban deliberadamente de cualquier invocación excluyente dirigida a ganar el apoyo de una clase social o un grupo de interés en particular (de empresarios, de obreros o de campesinos), intentando más bien dar una imagen de

reconocimiento y de eventual acogida a las pretensiones de todos los sectores. Los mensajes se destinaban a ciudadanos de distinta procedencia social o cultural aunque ello fuera en desmedro de las definiciones programáticas más precisas. Las fuerzas políticas predominantes se presentaban abiertamente con el formato de partidos "catch all" (atrapa todo), circunstancia que por lo menos en el corto plazo las obligaba a desarrollar actitudes de flexibilidad y tolerancia.

La izquierda que se presenta dividida a las elecciones de mayo de 1980 se asumía como la representante de los nuevos actores populares cuya aparición había sido decisiva para entender el alcance de las transformaciones políticas y sociales durante las décadas anteriores. De hecho, sus diferentes partidos tendían a especializar su reclutamiento en distintos sectores del movimiento social: la clase obrera tradicional, los maestros y parte de los empleados públicos, los pobladores de los barrios marginales de Lima, sectores de campesinos y de clases medias profesionales. La unidad del conjunto de estas izquierdas, conseguida en los comicios municipales de 1980 le otorga a esta opción una proyección mayor que la que podía alcanzar con la simple suma del apoyo de cada una de las organizaciones componentes, y las obligaba a asumir funciones de mediación entre un sector significativo de las clases populares y el ámbito en el que se tomaban las decisiones públicas. El Perú parecía encaminarse a un régimen de partidos ordenado en tres bloques, la coalición formada por Acción Popular y el Partido Popular Cristiano en el centro derecha, el APRA por el centro izquierda y el frente de las diversas fuerzas políticas de izquierda cuya influencia iba creciendo, tanto que poco después asumirá responsabilidades de gobierno a nivel local.

Sin embargo, los acontecimientos posteriores demostraron que este cuadro de relativa institucionalización respondía a una situación coyuntural. Esta primera imagen no permitía advertir que existían cambios de orientaciones y definiciones en el electorado que los años posteriores demostraron con toda su profundidad y contundencia.

En efecto, si un observador se atenía a un examen superficial daba la impresión que la sociedad se definía en términos comparables al del último pronunciamiento en elecciones presidenciales, las del año 1963, que llevaron también a la presidencia a Fernando Belaunde. Esta aparente inmovilidad contrastaba con lo ocurrido en todo el largo período, que separa un episodio del otro. El Perú había pasado por un conjunto de reformas económicas, políticas, sociales que había provocado redefiniciones de actores y clases y un mayor protagonismo popular en cuanto a reconocimiento de derechos y capacidad de intervención e iniciativa, tanto en los escenarios rurales como en los urbanos. Los resultados de las elecciones de 1980 podían dar una imagen de tiempo detenido, de cambios sin relevancia o aún de una voluntad de retorno a los anteriores parámetros en que discurría la vida política.

Trascendiendo esta primera aproximación los comicios realizados en toda la década del 80 y los dos de 1990 probarían que como consecuencia de un vasto proceso de movilización, los electores habían adquirido un nuevo estilo de definir lealtades, sintiéndose preocupados en la labor de los gobiernos y por consiguiente, más atentos a su actuación. La preocupación por la estabilidad política por parte de la mayoría de la población no resultaba contradictoria con aspiraciones de progresos en el plano individual y colectivo. Las identidades políticas dejan de ser incondiciona

les, los partidos controlaban sólo una parte de su electorado potencial (o ni siquiera lo conocían con alguna precisión) y las opciones que la población tomaba eran al mismo tiempo meditadas y provisionarias, a la espera de los resultados de la gestión de los gobernantes electos.

Por otro lado, con el advenimiento de la democracia una de las fuerzas más influyentes, la de los partidos de izquierda deja de moverse exclusivamente en el escenario de los movimientos sociales y los gremios y se integra a la institucionalidad vigente contrayendo nuevas obligaciones; entre ellas la de presentar demandas, realizar gestiones solicitadas por la población, discutir proyectos de ley sin por ello renunciar a su discurso radical. Estas exigencias difíciles de conciliar traen consigo un elemento de ambigüedad que no termina de resolverse: integrarse a un orden político para cumplir más eficazmente funciones de representación y subestimar en razón de su prédica maximalista (borrando con el codo lo que trabajosamente realizaban) los esfuerzos y logros conseguidos en la nueva dirección. El APRA, por su parte, no renunciaba a un presunto derrotero histórico de organizar desde un futuro gobierno al conjunto de la sociedad, a través del reconocimiento o la creación de organizaciones que le fueran adictas. La derecha tradicional, a su vez mantenía una actitud de prescindencia en relación al diálogo con otras fuerzas, confiando en la aparente comodidad para el manejo político que le daba la mayoría parlamentaria, lograda por la alianza de Acción Popular y el Partido Popular Cristiano. Así, por una u otra vía, cada una de las fuerzas políticas erosionaba las bases para la constitución de un sistema de partidos, cuando existieron en los primeros años del advenimiento de la democracia condiciones propicias para su afirmación.

El descrédito en que cae el gobierno de Belaunde provoca vuelcos sustantivos en el espectro político. Alan García apela a "todos los peruanos"; sin embargo, en este discurso en el que se llama a la concertación de voluntades de los ciudadanos, la apuesta de cambio va por el lado de la afirmación del liderazgo personal. Un partido postergado por décadas llega al poder en 1985 y traslada al conjunto de la sociedad el estilo populista propio de su organización. En el APRA resultaron siempre imprecisos los límites que separaban lo propio de una estructura política formal con una ideología definida, de aquellos otros rasgos característicos de un movimiento cuya unión se sustentaba en valores como la fraternidad y la fe. El funcionamiento regular de comités y sectores se supeditaba a la larga al liderazgo del jefe en cuyas manos estaban las decisiones finales.

Alan García, el nuevo caudillo, caracterizando al Perú como una sociedad desorganizada, sin referentes, inorgánica consideraba que la única articulación posible debía darse desde las alturas de la política y centrada en su exacerbado protagonismo personal, sin necesidad de otras mediaciones perturbadoras. Para el cumplimiento de este propósito contaba a su favor con una expectativa confiada por parte de los sectores populares. El juego planteado por el presidente era de todo o nada. Un gobierno exitoso crearía un vínculo duradero entre García y las clases populares mientras que su fracaso afectaría no sólo su propia vigencia sino arrastraría también al conjunto de los representantes políticos -cualquiera fuera su orientación- a quienes los ciudadanos podían retirarles su confianza sobre su capacidad de afrontar las desventuras y dramas de una sociedad empobrecida. En efecto, llega un momento en que su exa



cerbado protagonismo cubre todo el campo de la política, se apropia de parte del discurso de las izquierdas y se enfrenta a una derecha que sólo a partir de la medida de estatización de la banca intenta su recomposición. En esta situación, el fracaso de su gobierno promovía actitudes de apatía y distanciamiento en la mayoría de la población, antes que confianza en un recambio ordenado que permitiera el aceso de una fuerza con mejores propuestas y capacidad de ejecución. Las elecciones de 1985 mostraron a un electorado volcado en un 80% al centro izquierda y a la izquierda y una grave crisis hacia la derecha del espectro. El juego político parecía seguir otras reglas que hubieran sido difíciles de prever cinco años atrás.

Los dos gobiernos democráticos funcionaron con mayorías parlamentarias, haciendo por lo general innecesarios los acuerdos políticos estables entre las distintas fuerzas políticas y afectando la labor del propio congreso que se subordinaba a las iniciativas del ejecutivo. Una prueba de ello es el recurso frecuente a la delegación legislativa en términos tales que apártandose del marco constitucional que considera este instituto como aplicable a una materia precisa, requiriendo plazo y ley autoritativa, se utilizó de una manera amplia y general sobre un número indeterminado de leyes, incluyendo leyes orgánicas que revestían el carácter de disposiciones constitucionales (Bernal 1989). En todos estos años, los resultados de las deliberaciones legislativas estaban preanunciados de antemano y las inquietudes por la negociación y el consenso sólo se presentan eventualmente. Aun cuando se presenten indicios de la formación de un grupo de políticos profesionales provenientes de todas las tendencias, cada uno de los partidos podía quedar sujeto a su propia dinámica, sin interés por

identificar las oportunidades y los obstáculos que les sugiriera modificar posiciones y comportamientos.

El descrédito y el escepticismo que empieza a ganar a la opinión pública en los dos últimos años del gobierno de Alan García repite, en algunos rasgos, lo que había ocurrido en el régimen anterior tal como puede advertirse en los gráficos 1 y 2. Sólo que el resultado afectaba esta vez no únicamente a este líder y su partido sino al conjunto de las elites políticas. El triunfo de Ricardo Belmont, un candidato independiente, en las elecciones municipales de Lima de 1989, resultaba una clara señal de esta pérdida de confianza.

Los partidos y frentes de partidos en las elecciones de 1990 apuestan a la polarización. En especial, Mario Vargas Llosa (sobre cuyas propuestas se ordenan los ejes de discusión de toda la campaña electoral) presenta un discurso con los rasgos propios de una suerte de jacobinismo de derecha. El candidato proclama un principio de articulación de intereses, excluyente de todos los demás, basado en la difusión de la economía de mercado como la única base de sustentación de las ideas de progreso y como criterio infalible e inapelable para tomar en cualquier circunstancia las decisiones correctas<sup>1</sup>. El mensaje no ocul

1. Entendemos por concepción jacobina la que advirtiendo las escisiones en la asociación política apuestan a una instancia privilegiada de articulación que en su extremo consiga lograr la recomposición de la sociedad. La exigencia de esta síntesis requiere de un esfuerzo de autocontrol y control en la que se descalifiquen a las fuerzas centrífugas y a las demandas que contemplen intereses particulares, que vayan en contra del orden deseado. En lugar de los acuerdos y las negociaciones se opta por los procedimientos de exclusión y depuración. En el caso de Mario Vargas Llosa el mercado no es simplemente la esfera del intercambio sino la expresión de la absoluta

taba que la modernidad defendida iba a tener sus costos y que entre los marginados y excluidos se iban a encontrar importantes contingentes de las clases medias y populares. El mejoramiento de las condiciones de vida de estos grupos sólo podía ser la consecuencia de un efecto de arrastre de largo plazo cuando el cambio irreversible propuesto comenzara a dar algunos resultados.

La seducción por el extremismo en los planteamientos y el rechazo explícito de los compromisos se ubica en la misma línea de argumentos utilizado por la izquierda tradicional cuando convoca a la "exacerbación de las contradicciones" (el político no puede exorcizar el retorno de antiguos demonios que persiguieron al escritor en sus primeras obras). En las primeras cavilaciones que provocarían después los resultados de la segunda vuelta, Vargas Llosa decide que era el momento de renunciar, de acuerdo a la versión de su hijo Alvaro, aduciendo que "a pesar que la suma de los votos de Cambio 90, el APRA y la izquierda es mayor que la votación nuestra, no descarto que pueda ganar las elecciones. Pero sí descarto que pueda hacer un buen gobierno. El Perú ha votado por los compromisos y en contra de los cambios profundos; para eso se necesita una persona dispuesta a no hacer ninguna reforma de envergadura. Ese no soy yo".

El talante radical desde el cual asume el mundo de las ideas y el de la política sólo se puede mover en términos de oposiciones polares, esta vez, entre la civilización y la barbarie, tema recu

transparencia de las decisiones y el criterio suficiente para el desarrollo de la autonomía de los ciudadanos. Seguimos sobre el tema las reflexiones de Pareja quien distingue como otras variantes del jacobinismo los principios asambleístas consejistas de Rousseau y Rosa Luxemburgo y los activistas vanguardistas de Lenin (Pareja 1989).

rente, obsesión, de su campaña. Un escritor de su talento sabe que las imágenes no son arbitrarias; el disgusto por el "agua tibia" es provocado por las posiciones de centro más que el propio Alberto Fujimori. En la carta de renuncia al final no presentada hace notar que "quienes han apoyado al ingeniero Alberto Fujimori quieren también un cambio a todas luces, pero tenue, pasado por agua tibia, diríamos sin ánimo peyorativo, un cambio que evite antagonismos y corresponde a eso que llaman gradualismo" (*Caretas* N°1144).

Esta actitud recuerda las observaciones de Dahl a propósito del costo de las modificaciones de las opiniones políticas en algunas etapas de la vida: "en el caso de la transformación violenta de las creencias de una persona de edad madura, lo más probable es que entre las antiguas creencias y las nuevas haya transcurrido una época que se lamenta su 'pérdida'; pérdida que suele ir acompañada de un estado calamitoso y difícil de sobrellevar; de aquí que conlleve un período en que la receptividad se agudice y, aun más, emprenda la activa búsqueda de nuevas creencias en reemplazo de las antiguas, de manera que la urgencia de la búsqueda asegure un período de receptividad breve. Ordinariamente, este período suele ir seguido por la adquisición de nuevas creencias que, ante el temor de otro quebranto que sería insoportable, suelen mantenerse con mayor rigidez que las primeras" (Dahl 1989:152).

El discurso utilizado por el FREDEMO obligaba a separar dos temas que se llamaban uno a otro en el momento en que la mayoría de sus ciudadanos definían las adhesiones políticas: el crecimiento y la distribución (que aquí se relegaba y se subordinaba al primero). Esta propuesta contenía además un contenido fuertemente des

calificador hacia las otras propuestas y organizaciones políticas. El mencionado principio exclusivo de articulación llevaba a que se tomara con descuido todas las apelaciones que tomaran en cuenta la diversidad social y étnica del país, lo que contribuía a proyectar la imagen del FREDEMO como un enclave privilegiado de las clases dominantes tradicionales.

Las izquierdas, por su parte, no consiguen superar el descrédito con que su división es juzgada por muchos de sus potenciales adherentes. Uno de sus sectores, Izquierda Unida, pese al desmoronamiento de los regímenes de Europa Oriental, no consigue o no le preocupa modificar su tradicional discurso leninista presentando, como un espejo del FREDEMO, un principio articulador sustentado únicamente en criterios de clase (el jacobinismo de izquierda contemplando al jacobinismo de derecha). Su prédica decía asumir la representación del conjunto de las organizaciones populares, sin entender que con muchas de ellas había dejado de tener contacto, otras habían perdido mucho de su capacidad de convocatoria y que los cambios en las condiciones de vida y de trabajo en los sectores medios y de bajos ingresos, descolocaban a su discurso tradicional. El otro frente, la Izquierda Socialista confía más en el peso del liderazgo personal de Barrantes que en los intentos de renovación ideológica, que las circunstancias exigían, aunque probablemente no diera en lo inmediato créditos electorales. La escasa votación de este nucleamiento se explica tanto porque a Barrantes se le percibe como a un integrante más de una desprestigiada clase política como por la falta de perspectivas que el electorado le atribuye a una izquierda dividida. El APRA recurre a su estructura partidaria y con estas solas fuerzas obtiene una de las votaciones que -no obstante ser de las históricamente más

bajas de este agrupamiento- le permite situarse en una posición de expectativa para los años venideros.

En este ambiente de polarización la candidatura de Fujimori - que no se apoya en estructuras orgánicas conocidas - irrumpe con la novedad de aportar una cuota de moderación en el momento mismo en que todas las demás opciones se disparaban cada vez más hacia los extremos. El espacio de centro y de centro izquierda no tenía ningún partido o candidato en condiciones de ocuparlo. Fujimori encuentra las imágenes y las palabras convenientes para ubicarse rápidamente en esta posición, debido en parte a las omisiones y los excesos de quienes -hasta días antes de las elecciones en primera vuelta- no lo consideraron un opositor digno de ser tomado en cuenta.

La mencionada pérdida de influencia de los partidos no se puede atribuir únicamente a sus errores de estrategia. Una creciente debilidad de los grupos de interés acompañada de procesos de atomización social trae como resultado que en la década del 80 se encuentren en fases de desmovilización y decadencia, algunos de los escenarios desde los cuales podía plantearse la articulación entre sociedad y política, como es el caso de los sindicatos obreros, el movimiento estudiantil y las asociaciones de pobladores. Los partidos en este contexto ejercen en algunos casos un monopolio de la representación pero sus discursos parecen en ocasiones quedar suspendidos en el vacío, sin garantías de encontrar interlocutores que les permitan confrontar sus discursos y sus prácticas.

Así en los años 80 se comprueba la disminución de la influencia del movimiento sindical organizado. Su base de reclutamiento y con ella de renovación de dirigentes y participantes, resulta cada vez más reducida. Los gremios de obreros

van perdiendo importancia ante los de los empleados y ambos resultan afectados por la extensión de las actividades informales. La misma condición obrera deja de estar asociada a la incorporación en un sindicato. Los gremios convocan a los asalariados de las empresas medianas y grandes y no a los de las pequeñas; nuclean a los trabajadores estables mientras que los eventuales quedan marginados de la organización. Estos límites de expansión del movimiento, debilitan lo que antes aparecía como una tradición consolidada de experiencias de organización y de defensa de derechos por mejores salarios, equidad en el trato, condiciones de trabajo adecuadas y rechazo de prácticas discriminatorias. (Balbi 1989). En la perspectiva de los actores concernidos directamente - muchos de ellos de procedencia migrante y acostumbrados a pasar en el transcurso de su vida por distintas ocupaciones - la condición obrera aparece como un episodio más en su trayectoria laboral (Parodi 1987). En contraste, el desempeño de algunas actividades por cuenta propia surge como un objetivo deseable por las posibilidades que algunas de ellas ofrecen de mejores ingresos y mayor independencia.

Las organizaciones de estudiantes universitarios han perdido mucho de su influencia debido, entre otras razones, a la marcada estratificación de las universidades peruanas y a las dificultades para establecer canales de comunicación entre estudiantes de las clases medias y populares, cada vez más diferenciados en su horizonte de aspiraciones. En las décadas del 60 y el 70 la considerable expansión de la matrícula universitaria, fue acompañada de un intento de acercamiento entre estudiantes de distinta procedencia social. En la década del 80 este proceso se interrumpe. Como en otros países de América Latina ha ter

minado el ciclo del movimiento estudiantil unificado (Brunner 1986).

Las organizaciones de vecinos de los barrios marginales, salvo en algunos asentamientos de reciente formación, han superado ya el período en el cual los reclamos por servicios, infraestructura, transporte, titulación, conminaba a la acción colectiva. Las asociaciones pueden seguir subsistiendo formalmente; sin embargo la mayoría de los pobladores han privilegiado el desarrollo de sus propias búsquedas individuales y familiares, alentando un proceso de diferenciación que vuelve más libres los vínculos, perdiéndose los puntos comunes que llevaban a la presentación conjunta de demandas y reivindicaciones. El auge en el mismo período de las asociaciones de supervivencia que administran la recepción de alimentos donados o subsidiados, conducidas e integradas por mujeres no tiene las mismas potencialidades políticas que la tradicional organización de pobladores. Estas nuevas organizaciones han servido ocasionalmente a los partidos políticos para fomentar prácticas políticas clientelísticas; no obstante, en la mayoría de los casos, estos grupos establecen casi exclusivamente relaciones de compromiso y negociación con agencias de cooperación internacional, profesionales de las organizaciones no gubernamentales de desarrollo o directamente con las autoridades de gobierno. Los partidos no encuentran oportunidades para desarrollar su labor cuando el estilo predominante en estos escenarios es el de los compartimento s estancos y los desconocimientos recíprocos. Un político que, como Fujimori, se aparte de los códigos y las rutinas convencionales puede desarrollar su propuesta y recurrir a mecanismos de identificación, sin que su presentación pase por la criba de las orientaciones y juicios de los grupos intermedios constituidos.



## 2. Los clivajes sociales y étnicos

Una elección de segunda vuelta en la que el electorado tiene que optar entre dos candidaturas plantea en la mayoría de los casos un momento de polaridad, atenuado si ocurre que cada una de las fuerzas en pugna resulta capaz de convocar a grupos de diferente procedencia social y cultural. En la oportunidad en que el electorado tuvo que pronunciarse únicamente entre Fujimori y Vargas Llosa impresionan las señas de identidad inequívocas, inconfundibles que separan radicalmente a los que se adhirieron a una u otra de estas candidaturas. Los votantes de Cambio 90 son en su mayoría los campesinos de las provincias más pobres de los Andes, los migrantes que hicieron crecer a los barrios periféricos de la ciudad de Lima, los obreros, los vendedores ambulantes, los trabajadores y los dueños de los pequeños talleres, los maestros y otros sectores de una clase media empobrecida. La adhesión a Vargas Llosa era proclamada con entusiasmo, a veces con exasperación, por los profesionales exitosos, los empleados de cuello y corbata que ocupaban altas posiciones en el escalafón administrativo y que colocaban con frecuencia en sus escritorios publicidad del FREDEMO como signo de complicidad o desafío con sus ocasionales interlocutores, los dueños de medianas y grandes empresas, los taxistas propietarios de sus vehículos, los notables de provincias. Todo ocurría de tal manera que el conjunto de escisiones de la sociedad peruana se revelaban al mismo tiempo. Como señala con acierto Degregori "especialmente en la última década la modernización avanzó profundizando las diferencias entre ricos y pobres, entre Lima y las provincias, entre la costa y la sierra, y entre criollos de piel clara por un lado y cholos e in

dios por el otro. La votación de Fujimori proviene abrumadoramente del polo más golpeado por esa modernización: pobres, provincias, andes, cholos e indios" (Degregori 1990). Por los mismos días el editorialista de un periódico conservador coincidía con esta interpretación recurriendo a un razonamiento más determinista y unidimensional "Yo creo que en particular lo que ha habido es una suerte de triunfo póstumo de la prédica marxista de la lucha de clases. En un país agotado de tanta crisis la idea de que hay unos ricos que se llevan todo el dinero de los pobres resulta simple, suficiente." (De Althaus 1990).

La alta correlación entre procedencia social y opciones políticas no es un hecho nuevo en la política peruana a lo largo de toda la década del 80, por lo menos en lo que se refiere a los extremos del espectro político, la izquierda y el Partido Popular Cristiano (el APRA en cambio es un partido que concita adhesiones de distintos sectores sociales además de tener una fuerte presencia en algunas regiones, como las de la costa norte del país). Así, por ejemplo en el caso de Lima la izquierda consigue en todos los comicios el mayor apoyo en los doce distritos más pobres de la ciudad y este voto además tiene correlaciones significativas con la presencia de población obrera e informal. El crecimiento que experimenta esta fuerza política - que en 1983 la nevara incluso a lograr la alcaldía municipal- se vincula al mayor peso que los habitantes de los asentamientos populares tienen en el conjunto de electores en Lima, hecho que se explica fundamentalmente por los procesos migratorios. En 1963 estos distritos representaban el 8.5% de la población electoral, en 1980 el 26.73%, en 1986 el 43.74%. En contraste el Partido Popular Cristiano obtiene en toda la década sus porcentajes

más altos de votación en los distritos donde predominan los sectores medios y altos (Tuesta 1989).

Los clivajes sociales, culturales y étnicos en las opciones por Fujimori y Vargas Llosa no resultan demasiado notorios en la primera vuelta electoral si se agrupan los votos por departamentos de acuerdo a los datos publicados por el Jurado Nacional de Elecciones y se reúne a estas circunscripciones según el mapa de pobreza construido por el Banco Central de Reserva en base a un conjunto de indicadores socioeconómicos (en el polo A se encuentran los departamentos más pobres, el D contiene únicamente a Lima y Callao).

Las redefiniciones a las que obliga la segunda vuelta, en la que el electorado que apoyaba en mayo al APRA y a las izquierdas, endosa la mayoría de los votos a Cambio 90 (como puede verse en el gráfico 3), revela esta vez claramente las brechas sociales existentes. Si bien Fujimori gana en los cuatro agrupamientos departamentales el mayor margen de diferencia ocurre en el caso de los departamentos más pobres que comprenden a Apurímac, Huancavelica, Ayacucho, Cajamarca, Huánuco, Cusco y Amazonas. Esta brecha resulta todavía más pronunciada si se crea un nuevo agrupamiento que tome en cuenta exclusivamente los departamentos de la sierra que conforman el Trapecio Andino, zona sacudida por la violencia política de Sendero Luminoso. Los porcentajes de votos nulos y en blanco en esas áreas - que en general no rebasaron el 8% del total de votos emitidos - fueron los más bajos registrados en los pronunciamientos electorales de los últimos años, expresando la adhesión a una alternativa que se presentaba como de centro izquierda desmintiendo las hipótesis de una inexorable radicalización o de un insalva

ble escepticismo político por parte de los pobladores que habitan en estos convulsionados territorios.

Los resultados electorales han sido interpretados también como expresión de una pugna irresuelta en la que Vargas Llosa emerge como intérprete no solamente de las clases medias y altas sino además de sectores populares de origen criollo, en su mayoría racialmente blancos y negros. En contraste, Fujimori resultaría un catalizador de la mayoría de la población de origen andino que quiere acceder a una modernidad tecnológica multirracial y multiétnica que no tenga el lastre de la sujeción cultural a los criollos. Esta "apuesta por una emancipación política de los andinos no se gestaba en el vacío. El trasfondo de ella, escondida para el observador criollo tras los velos conceptuales de 'la informalidad', los 'humildes', las 'clases populares', los 'pueblos jóvenes' es el surgimiento de una burguesía andina que pugna por su liberación de un encuadre institucional y cultural criollo" (Golte 1990).

Puede sin embargo sostenerse una interpretación que reconozca la relación existente entre referentes étnicos y definiciones políticas a partir del repliegue obligado de actores que anteriormente habían tenido un mayor protagonismo en distintos espacios económicos, políticos y sociales. En efecto, "la crisis económica y las dificultades para articular intereses ha hecho más crucial y decisivo el papel de los grupos primarios. La expansión de las economías familiares (algunas exitosas, otras último recurso para garantizar la supervivencia); las situaciones de exclusión y en ocasiones de reclusión de mujeres y de jóvenes cuyas jornadas transcurren exclusivamente en sus hogares y barrios; la competitividad en cuadros de extrema pobreza que genera desconfianza hacia los 'extraños'; la decadencia

en las expectativas de la educación y con ello el menor compromiso con las ventajas que depara el ingreso a un escenario más plural y complejo; la falta de trabajo estable que erosiona la racionalidad de optar por la acción colectiva, va limitando los contactos que se realizan a los parientes, los conocidos, los pocos amigos. Se genera así un circuito de informaciones y de opiniones donde pesarán predominante las lealtades de larga data, cada vez menos expuestas a confrontación y examen. En esta línea puede interpretarse que los clivajes étnicos cuando toman expresión política no manifiestan necesaria y únicamente que haya aflorado un discurso elaborado sobre identidades sociales y culturales. En cambio la apelación a referentes primarios constituye probablemente la única respuesta disponible cuando existen situaciones de aislamiento y de desestructuración de otras estructuras mediadoras". (Grompone 1990).

En la votación obtenida por Fujimori puede encontrarse elementos que apuntan al deseo de los sectores populares de desprenderse de la tutela que le pretendía imponer la clase política tradicional, agravada en el caso del FREDEMO porque las principales personalidades de la coalición eran parte de un estamento blanco y criollo, en quienes las mayorías no se sentían representadas. Estos resultados se explican también por un cuadro de atomización que impide a vastos sectores llegar a visiones globales del país que trasciendan los vínculos cercanos y el marco de necesidades más inmediatas y acuciantes. En esta línea, Fujimori no es visto como el abanderado de una gran transformación sustentada en una elaborada propuesta programática. Surge más bien como un intermediario con el mundo del poder en el que se puede depositar un mínimo margen de confianza.

No se trata entonces de idealizar la emergencia de lo popular ni cargar las tintas enfatizando los procesos de retroceso y repliegue. Ambas dinámicas se separan a veces, se confunden en otras, en un mundo popular cada vez más complejo y diferenciado. De todas maneras, el resultado de estas elecciones quizás conduzca a que los discursos basados en identidades y referentes étnicos, omnipresentes y soterrados al mismo tiempo durante toda la historia peruana, tomen ahora una expresión más abierta, se conviertan en referentes más explícitos y se discuta sobre ellos en lugar de permanecer relegados, desplazados u ocultos.

### **3. El voto de los informales**

Otra de las razones invocadas para explicar el triunfo de Fujimori se refiere al apoyo que por sus planteamientos y por el estilo de su campaña política, había conseguido concitar a lo largo de todo el vasto universo de la informalidad, entre los dueños y dependientes de los pequeños talleres, los vendedores ambulantes, los transportistas, los trabajadores independientes. El candidato de Cambio 90 habría encontrado en la simpleza de su consigna electoral - honradez, tecnología y trabajo - el tono justo para que los empresarios informales se sintieran reconocidos en su presente de laboriosidad y proyectados además a un futuro tangible donde sus esfuerzos permitirían obtener escalas superiores de éxito en términos de competitividad, eficacia, influencia. Los analistas que comparten esta opinión entienden que un amplio proceso de movilidad social y económica adquiriría ahora una expresión política. La extensión de la informalidad y en muchos casos sus sorprendentes logros como estrategia ocupacional debía dar lugar a otros he

chos inesperados para quienes no advertían los alcances de este proceso, como el apoyo a un candidato con la características de Alberto Fujimori.

Este masivo respaldo no se habría sustentado únicamente en que esta emergente personalidad política encontró el discurso preciso y las señales adecuadas para dirigirse a este sector del electorado. Cambio 90 (en lo que podía saberse hasta entonces de un movimiento desconocido para las elites políticas) intentaba darle representación a grupos que los demás partidos sólo reconocían a nivel de postulados generales. Fujimori jugaba en este caso con un elemento poderoso y convincente como es el establecimiento de un principio de identificación. Así, el candidato a primer vicepresidente de esta agrupación, Máximo San Román, es presidente de FEDAPI (Federación de la Pequeña Industria) que en 1988 consigue agrupar a las distintas APEMIPE provinciales (Asociación de Pequeños y Medianos Empresarios del Perú) y postulaban para senadores o diputados empresarios de procedencia popular, rasgos mestizos, un esfuerzo tesonero para salir adelante en su actividad económica.

Todas estas características contrastaban con la atildada presentación de los hombres de negocios que integraban las listas del FREDEMO, los que, al margen de las intenciones y propuestas reales, daban la imagen de ser parte un Perú oligárquico antes que destacamentos de vanguardia que iban a permitir que el país, accediera, por fin, a la modernidad.

Más allá de estas consideraciones se encuentra el peso de las cifras. En toda la década del 80 se va produciendo la expansión de las actividades informales en detrimento de las asalariadas.

Villarán estima que sumados los trabajadores y empresarios informales de la ciudad a los pe

queños productores campesinos llegamos a una cifra cercana a los 4'500,000 personas, el 59% de la PEA total, porcentaje que se tiene que traducir en parecidos términos a nivel de electores (Villarán 1990). Ellos están entonces en condiciones de definir una elección y los partidos de derecha e izquierda, sin embargo, cometían errores y omisiones que no los ponía en condiciones de enfrentar esta nueva realidad.

Una vez que se trasciende el nivel de estas primeras comprobaciones, quedan algunos problemas de interpretación pendientes sobre los alcances de la influencia de la informalidad. Los resultados electorales suscitan preguntas relativas a los vínculos entre los informales y la política; las condiciones en los que ellos estarían pugnando por crear una nueva institucionalidad y los vínculos y las distancias con otros actores populares, entre ellos los trabajadores asalariados y en particular el movimiento sindical organizado.

En la corriente neoliberal las cuestiones aquí sugeridas, aparecen como desenfocadas o fuera de lugar ya que en esta corriente los procesos ocurren en un juego de oposiciones polares entre mercado y Estado y entre las coaliciones distributivas (que comprende a todos los grupos de intereses y muy especialmente a los empresariales y sindicales) y las opciones que han realizado los informales por una economía libre cuyo desarrollo es trabado y distorsionado por un cúmulo de disposiciones farragosas y limitantes (De Soto 1986). Si se parte de estos supuestos no tiene mayor sentido la preocupación por los cambios que están ocurriendo en la sociedad civil y la relación de ellos con el tipo de sociedad política a la que se va a acceder. La agenda de trabajo básica se centra en la desregulación y la transparencia en las decisiones del gobierno, temas ambos relativos a las reformas institucionales.



les del Estado. En esta problemática los informales que son invocados recurrentemente para la elaboración de la propuesta tienen en realidad poco que hacer y decidir, salvo una eventual labor de fiscalización por la vía de las reclamaciones individuales. Las responsabilidades corren por cuenta de juristas, economistas, técnicos. Mientras tanto los trabajadores y empresarios de estos pequeños establecimientos realizan sus opciones políticas con extremo pragmatismo, oscilando en los diferentes procesos electorales entre distintos candidatos y partidos sin llegar a definir identidades estables en este nivel.

Otras posiciones entienden que está surgiendo una nueva institucionalidad que va a originar nuevas manifestaciones también en el plano político. Ella tiene como punto de partida la migración a la que se caracteriza como la decisión sicológica, social y cultural más decisiva en la historia del país. Cuarenta años después de comenzado el proceso se expresa en un nuevo estilo de urbanización, el crecimiento de la economía informal, la afiliación de la cultura chola y el fortalecimiento de la organización popular. Los migrantes, entiende Carlos Franco, convertidos en plebe urbana ampliaron la institucionalidad donde no les era permitido o no les era posible su ingreso; en la ciudad construyendo nuevos barrios más allá de los confines establecidos; en la economía a través de la expansión de las actividades informales; a nivel de organizaciones creando las suyas propias al no tener acceso a los grupos de interés ya constituidos; en la cultura recreando o transformando antiguas expresiones o empujando al surgimiento de otras nuevas. Todos estos esfuerzos dan lugar al surgimiento de instituciones que son al mismo tiempo adaptativas y contestatarias, funcionales y contestatarias.

Estos migrantes, en ausencia de un discurso propio desarrollaron en las primeras etapas compromisos populistas con la particularidad que, en su caso, a diferencia del paradigma tradicional, no fijaron lealtades estables a partidos y líderes sino relaciones en términos de costos y beneficios que servían de sustento a calculados procesos de negociación. Sin embargo, a criterio de este autor, parece haber llegado el momento en que "se han creado las condiciones para poner en cuestión el principio mismo de representación por otros. Lo que intuimos entonces es que puede estarse procesando en la plebe urbana el pasaje de la representación delegada a la autorrepresentación política, es decir, a la constitución de un discurso y una organización política" (Franco 1990).

Resulta relativamente sencillo advertir que en esta interpretación sobre el surgimiento de una nueva institucionalidad existen algunos cruces e interferencias. Por ejemplo en los barrios marginales conviven asalariados y trabajadores por cuenta propia y en algunos de ellos los primeros constituyen el grupo predominante (por lo menos antes de la crisis económica de estos tres últimos años); entre los informales se encuentran también un grupo significativo de trabajadores no migrantes desempeñando oficios y conduciendo sus propios establecimientos integrando lo que en la década del 60 se daba en llamar el sector tradicional de la economía; la mayoría de los dirigentes de algunos grupos de interés tradicionales en la vida urbana como los sindicatos son de procedencia migratoria reciente; la cultura de los sectores emergentes parece encontrarse en una fase de transición y todavía no ha negado a cuajar definitivamente un estilo propio en sus expresiones musicales y literarias, aunque existan indicios que estamos, sobre este punto,

en un período de cambios. Sin embargo, la línea general del razonamiento de Franco impresiona por su lucidez e incluso por su capacidad de anticipar acontecimientos teniendo en cuenta que el ensayo fue escrito pocos meses antes de la irrupción de Fujimori en la vida política.

Sin embargo, vale la pena detenerse en la afirmación sobre la capacidad de los informales de crear ahora grupos de intereses estables y autorrepresentarse, y la asociación entre este hecho y los resultados electorales. Una primera impresión general sugiere que la constitución de nuevas organizaciones requiere de un lento y trabajoso proceso y que la adhesión de un grupo a una determinada candidatura exige de una campaña política impulsada durante un lapso más o menos prolongado para que surta efecto entre miembros y simpatizantes. La construcción de una alternativa bajo estos supuestos no se dispara en dos semanas, la vertiginosa carrera de Fujimori escapa a la dinámica de decisiones de una asociación que tenga que establecer contactos a nivel nacional, informar, persuadir, seguir paso a paso lo que está ocurriendo y evaluar los resultados que se obtienen. En el caso de los informales se antepone una pregunta previa más radical. Ella se refiere a sus potencialidades para crear nuevas organizaciones con posibilidades de ejercer presión sobre el sistema político y a la vez de convencer a sus eventuales integrantes.

La creciente importancia de este estilo de trabajo nos coloca ante un universo de actividades en el cual la interacción personal va a resultar más significativa y gravitante que los arreglos institucionales pensados en términos de estrategia de mediano y de largo plazo. A diferencia de sectores de pequeños y medianos empresarios (interesados por lo general en el fortalecimiento de sus gremios) estos nuevos actores, preocupa

dos por garantizar en las mejores condiciones su ingreso al mercado, van a tender a la utilización de redes para desempeñar sus tareas productivas, comerciales y de servicios, desarrollando así las capacidades requeridas para adaptarse a las cambiantes condiciones de la competencia y volverse también más libres y creativos en sus decisiones, logrando en ocasiones construir un marco adecuado para intentar algunas innovaciones en el desarrollo de su actividad.

La informalidad se va conformando como un mundo de múltiples acuerdos personales, algunos duraderos, otros que se establecen y se deshacen en un breve lapso, sustentados en redes familiares, de vecindad (en barrios populares que se han convertido en polos de actividad económica) y en la extensión de las relaciones de subcontratación. En ocasiones a los actores intervinientes no les resulta sencillo discernir el límite que separa el trabajo independiente de la subordinación y las relaciones de explotación de los vínculos de colaboración y ayuda mutua; en algunos momentos pareciera que todos estos elementos están jugando a la vez.

Cuando se asiste a la generalización de estas prácticas laborales no se consiguen advertir con claridad las líneas de acción desde las cuales estos actores pueden pensar e instituir representaciones políticas estables. Sólo algunos informales (por ejemplo los vendedores ambulantes) afrontan circunstancias que eventualmente los conducen a negociar con las autoridades. Sus asociaciones tienen gravitación real a nivel de mercados, ferias o cuadras, sin trascender este nivel salvo iniciativas aisladas con débil capacidad de convocatoria<sup>2</sup>. En caso que se llegue a

2. Una situación parecida es la de los microempresarios cuyos acuerdos gremiales surgen a partir de la iniciativa de algún agente externo -sectores del Estado o bien

plantear un conflicto éste resulta de corta duración y no lleva a labores de seguimiento o de control con posterioridad al desenlace de los acontecimientos que suscitará la movilización. La mayoría de las veces la expresión de las discrepancias de los informales con respecto al gobierno consiste en el desconocimiento o en la transgresión calculada de las disposiciones que los primeros consideran desfavorables para sus intereses.

Estos pequeños artesanos y comerciantes dedican sus esfuerzos organizativos a consolidar los vínculos económicos que les garantice mejores condiciones de competencia sin que la lógica de sus actividades los lleve a plantear una agenda de reivindicaciones para plantear ante las autoridades ni nominar representantes que se situen al margen o por fuera de la red.

La dimensión política entonces va ser concebida como un orden que influye en sus vidas pero que no les incumbe directamente y en estas condiciones en el momento de definir sus preferencias electorales va a existir probablemente poca receptividad a criterios o presiones gremiales o corporativas. Los partidos ante estos actores que siguen su propio camino no encuentran los procedimientos para realizar una labor sostenida; procuran ganar adhesiones pero saben que están actuando sin un derrotero claro y sin criterios que les permitan evaluar el efecto que están teniendo los pasos dados en los presuntos destinatarios.

Aun cuando no se trate de decisiones concertadas, el voto de este grupo de trabajadores y

organizaciones no gubernamentales de desarrollo- que ofrecen apoyo en crédito o capacitación. La institucionalidad de estas nuevas asociaciones resulta todavía endeble en cuanto a grado de autonomía y capacidad de vincularse con la mayoría del sector al que aspiran a representar.

empresarios parece identificarse con una opción nacional-popular o populista y en este aspecto resultan muy pertinentes las observaciones ya mencionadas de Carlos Franco. Los informales en su mayoría combinan una visión del Estado por el cual se le asigna el cumplimiento de objetivos en términos de redistribución de recursos aunada a un reconocimiento profundo del valor de los esfuerzos individuales y familiares. Al mismo tiempo que tienen en alta consideración a sus propias iniciativas interpretan que existen brechas en los niveles de ingreso que no se pueden salvar, pese a toda la energía y la inteligencia que despliegan en el desempeño de sus actividades. Estas percepciones los inclinan probablemente a una actitud moderada que se caracterizaría por una evaluación positiva de las ideas de cambio social coexistiendo con orientaciones que los llevan a un profundo individualismo, tal como sugieren los resultados de las dos encuestas realizadas para explorar las relaciones entre los informales y la política. (Tueros 1984, Chávez 1990).

Sin embargo en un universo tan vasto y diverso como el de la informalidad puede correrse el riesgo de incurrir en generalizaciones indebidas. En base a una investigación preliminar, Eliana Chávez encuentra algunos indicios que sugieren que aquellos que desarrollan actividades a nivel de supervivencia tienden a opciones electorales y políticas que difieren de los que se encuentran en niveles que les permiten acumular y reinvertir; especialmente en el sector de comercio donde los estratos de menores ingresos decían apoyar mayoritariamente a Cambio 90 y aquellos de mayores ingresos expresaban mayoritariamente su preferencia por el candidato del FREDEMO. (Chávez 1990).

Queda por responder, sin embargo, la inte

rrogante acerca de si en la primera vuelta electoral -en la que estaban presentes el APRA y las izquierdas - las opciones políticas de los informales se separaban de un modo más o menos radical del voto de los asalariados con estabilidad laboral. De haber ocurrido este hecho se trataría de una circunstancia excepcional, ya que en los comicios nacionales y municipales que se realizaron durante toda la década del 80 la tendencia ha sido más bien la coincidencia en las definiciones electorales, quizás debido en buena parte a que las actividades asalariadas tanto como las informales aparecían como respuestas complementarias de las clases populares para enfrentar y escapar a una común condición de pobreza y en algunos casos intentar un sostenido progreso económico.

Sin embargo, la crisis económica de los últimos años y la pérdida de influencia del movimiento sindical hace que sea el circuito de la informalidad el que le otorga los rasgos decisivos al sistema en lo que se refiere al intercambio de información y la elaboración de decisiones. La mayoría de los grupos de menores ingresos se encuentran inmersos en un ambiente caracterizado por la densidad y complejidad de su trama social y al mismo tiempo poco institucionalizado. Las manifestaciones de la sociedad civil se vuelven así más imprevisibles, los cambios de orientación reproducen la misma velocidad y flexibilidad con la que estos actores establecen sus relaciones mercantiles y las elites sienten que se alejan o se esfuman sus posibilidades de imaginar y anticipar los futuros escenarios políticos del país.

#### **4. Los medios de comunicación, las encuestas y los circuitos alternativos**

El triunfo de Fujimori provoca el colapso de un conjunto de ideas convencionales acerca de los estilos para persuadir a la sociedad civil en el Perú y para dar cuenta de sus opiniones<sup>3</sup>. Al mismo tiempo que se desplegaba una intensa publicidad televisiva y los políticos y los periodistas seguían nerviosamente los resultados de los sondeos, los sectores populares tomaban sus decisiones recurriendo a otras redes de información y de cambio de ideas. Los resultados obligan a pensar sobre las formas de articulación del Perú de estos días, sobre la cual se tienen solamente algunas intuiciones e ideas generales, muchas de ellas puestas en entredicho por la brecha cada vez mayor que el proceso electoral iba mostrando entre lo que se decía que estaba ocurriendo y lo que efectivamente acontecía. Los conceptos de opinión pública, mercado político, las campañas organizadas en base a spots televisivos (subestimando la eficacia de los pequeños actos en plazas, calles y mercados o de la difusión de volantes mimeografiados repartidos casa por casa) aparecieron al final como impotentes para llegar a un conocimiento minucioso de las tendencias de los ciudadanos. Estas estrategias convencionales quedaron confinadas a ser expresión de grupos minoritarios que imaginaban interlocutores en las mayorías de este país cuando ellas respondían a otros referentes y tomaban sus propias opciones. Los últimos sondeos - dos días antes de las elecciones en la segunda vuelta mostraban que entre las empresas encuestado

3. Esta sección ha sido discutida con Jürgen Golte quien ha sugerido algunas de las ideas e interpretaciones que aquí se exponen.



ras más conocidas, algunas pronosticaban el triunfo de Fujimori otros de Vargas Llosa, pero en uno y otro caso con escaso margen de ventaja. Una sola de ellas, apartándose de la tendencia general, prevía una distancia de algo más de seis puntos a favor del candidato de Cambio 90. Sin embargo tampoco esta última empresa puede valorar que interpretaba correctamente lo que estaba sucediendo. En efecto, los resultados finales fueron del 56.7% de los votos para Fujimori y del 35.7% para Vargas Llosa. Impresiona también el contraste entre la inversión publicitaria realizada y los resultados obtenidos por las distintas fuerzas políticas. De acuerdo a estimaciones realizadas por una agencia de mercadeo el FREDEMO ha gastado en la campaña electoral de primera vuelta US\$12'234,386; el Partido Aprista Peruano US\$ 2'747,942; Izquierda Socialista US\$1'498,046, Cambio 90 US\$ 197,916 e Izquierda Unida US\$ 159,688. Vamos a tratar de interpretar las razones que explicarían estos desfases que provocara el desconcierto de las elites políticas, de los técnicos de las empresas encuestadoras y de los asesores de campañas políticas, tanto en la primera como en la segunda vuelta.

Las fallas de las previsiones de las encuestas se deben en parte a errores en el diseño del marco muestral y de los instrumentos de medición y quizá en algunos contados casos responde a la intención de manipular la voluntad de los electores. Sin embargo, se presentaron otros problemas que trascienden este nivel y se asocian a los clivajes sociales y étnicos ya mencionados. Hasta pocos días antes de las elecciones las empresas registraban un porcentaje de indecisos que - como los resultados finales mostraron - eran en su mayoría ciudadanos que ya habían optado por el apoyo a Fujimori. Este voto que las agencias especializadas en sondeos dieron en llamar "voto

escondido" se explicaba porque la adhesión al candidato de Cambio 90 llegó a aparecer como un reto a las estructuras establecidas, teniendo en cuenta la agresiva campaña que en su contra desplegaron los medios de comunicación buscando deteriorar la imagen que tantas voluntades concertara en la primera vuelta. Si un observador se atuviera estrictamente al discurso de Fujimori éste emergía, tanto en la primera como en la segunda vuelta, como una opción de centro o de centro izquierda en favor del acuerdo social y la pacificación del país. Sin embargo, más allá de este mensaje, su candidatura se enfrentaba a los canales de comunicación que los electores asociaban a los principales centros de poder e influencia. Los entrevistados recelosos rehusaban manifestar explícitamente su opinión - como en anteriores elecciones había sucedido también con las fuerzas de izquierda - por lo que los cambios de orientación que se estaban procesando aceleradamente no eran registrados o se los subestimaba.

Un ambiente de polarización como el que caracterizó a la segunda vuelta electoral provocaba además actitudes de desconfianza. La presentación correcta y presuntamente neutral de los entrevistadores obraba como una presunción de que se trataba de alguien inclinado por el FREDEMO. Los encuestados querían evitar un imaginado conflicto estimando al mismo tiempo que el hecho de no manifestar la decisión tomada, reservaba sus márgenes de autonomía.

Situándonos a otro nivel de interpretación, es posible suponer que el procedimiento de las empresas de opinión pública de dividir la población en cuatro estratos por nivel de ingresos - alto, medio, bajo y muy bajo - tiende a enfatizar en la división entre ricos y pobres y no considerar con el suficiente cuidado otros cortes que se presen

tan en las complejas sociedades urbanas del Perú de estos días. En el caso de Lima, por ejemplo, algunas comprobaciones recientes de sociólogos y antropólogos, sugieren la coexistencia de dos grupos de las clases medias, uno cuya familia de procedencia lleva varias generaciones viviendo en la ciudad desempeñando frecuentemente tareas como empleados de "cuello y corbata" y otro de origen migrante vinculada a la pequeña empresa o al trabajo independiente calificado. Entre uno y otro de estos sectores existen pocos espacios compartidos; no los hay en el trabajo, en los colegios a que concurren sus hijos, en los estilos y lugares de recreación. La clase media tradicional parece haberse inclinado mayoritariamente por el FREDEMO; la emergente clase media de andinos habría orientado sus preferencias al candidato de Cambio 90. Entre los sectores populares es probable que ocurra una división parecida, pero en términos más moderados. En teoría, el peso de estos factores étnicos no afectarían las capacidades de previsión de las encuestas si ellas se realizaran respondiendo a niveles significativos de representatividad. Sin embargo, en un país pluricultural y pluriétnico, donde diversos códigos de comunicación coexisten y compiten, las preguntas directas sobre preferencias electorales sin el auxilio de una reflexión sociológica más cuidadosa ni del recurso a otras interrogantes de carácter exploratorio, corren el riesgo de introducir sesgos y distorsiones.

En la campaña desarrollada a nivel de los medios de comunicación el FREDEMO comete un conjunto de errores que le dan un signo opuesto a las señales que se querían transmitir. Una actitud que se pretendía mostrar como de transparencia, sinceridad y eficacia personal fue vista por muchos de los que recibían estos mensajes, como expresiones arrogantes, de intolerancia y

de exacerbación de divisiones y enfrentamientos. La publicidad de Vargas Llosa anunciaba la inevitabilidad de un ajuste y solo tardíamente en la segunda vuelta, cuando ya resultaba demasiado tarde, tomaba en cuenta los costos que iba a enfrentar la población difundiendo las presuntas virtudes de un programa de emergencia social dirigida a los sectores de menores ingresos. Este surgía como tema de preocupación de golpe, forzosamente, lo que afectaba su credibilidad por más que ya estuviera incluido en el proyecto de esta coalición, desde tiempo atrás.

Al APRA y a las fuerzas de izquierda se las atacaba en términos tan duros que hacía imposible que los votantes de estas organizaciones pudieran dar su voto a Vargas Llosa en la segunda vuelta, por encima de las dudas que le pudiera suscitar un gobierno conducido por Alberto Fujimori. Muchos de los postulantes a senadores y diputados por el FREDEMO, desarrollaron campañas políticas cuyo costo superaba en varias veces la totalidad de los emolumentos que recibirían en los cinco años de gestión en caso de ser electos como representantes. En una situación de desconfianza hacía la clase política, el pequeño triunfo que podía lograr uno de estos candidatos al acceder a un curul contrastaba con los sentimientos de suspicacia y de sospecha a que era sometido el conjunto del FREDEMO.

Al margen de estos errores de una campaña que demandara gastos millonarios, los medios de comunicación cuando intentaban acercarse a lo popular lo hacían empleando imágenes convencionales y estereotipadas. Así los pobladores de procedencia andina eran vistos como involucrados en conductas tradicionales, o quizás por lo que desde las elites urbanas se proyectaba como la visión de lo tradicional, por ejemplo la música de algunas provincias que poco o nada le

decían a los habitantes de otras regiones del Perú. La diversidad cultural del país pretendía inútilmente salvarse por el atajo de una invocación generalizadora. Sin embargo, más grave que este primer error era la presentación de lo andino como una dimensión inamovible, inmodificable, inmersa en un tiempo en el cual se confundían pasado, presente y los días por venir. Los migrantes que viven en Lima y en las ciudades intermedias, los habitantes de los pequeños poblados y aun de las comunidades campesinas, con diferente intensidad, han definido objetivos que apuntan a una mayor participación en la vida política, económica, social y cultural. Esta perspectiva que expresa la vigencia de proyectos más o menos estructurados de ingreso a la modernidad resultó parcialmente desconocida por el FREDEMO pese a que era precisamente el tema de la modernidad, aquello que pretendía ser presentado como su aporte y su novedad para iniciar un proceso de transformaciones sociales radicales en el Perú.

Así la tecnoburocracia de los medios de comunicación suponía estar cubriendo los circuitos de difusión de informaciones básicas, prefigurando la imagen de una torre de transmisión que desde un punto central expandía su mensaje. Sin embargo, mientras sucedía este movimiento la opinión se iba formando en redes alternativas respondiendo a formas tradicionales de intercambio que seguían el modelo del contagio y el encadenamiento, el rumor, la conversación en mercados calles y plazas. Coexistían entonces dos estilos para establecer vínculos políticos, uno el de los medios masivos y otro los de la comunitación oral ubicado en el marco restringido de las personas a las que se les otorga confianza.

No existiría en consecuencia en el Perú una cultura de masas homogénea que haga racional el

trazado de una estrategia unidimensional. En contraste con Vargas Llosa que repetía un discurso que sólo resultaba acogido por sectores medios y altos cuya lealtad ya había sido ganada, Fujimori manteniendo su perfil bajo, buscando el contacto personal -o dando la idea que intentaba conseguirlo- era el candidato que se adecuaba más a los criterios con los que la mayoría de la población iba construyendo sus referentes. Vargas Llosa convocaba desde fuera y desde lejos, Fujimori utilizaba como base para ganar voluntades los mecanismos de la identificación y de la proyección (Alfaro 1990; Quesada 1990).

El FREDEMO ordenaba su campaña de acuerdo a un criterio de formación de opiniones inducidas por las elites, que Deustch caracterizara como un modelo en cascada. En el mencionado modelo los juicios y las imágenes hacen su recorrido desde la cúspide a través de saltos sucesivos y deteniéndose en diversos escalones y remansos, los cuales sirven a veces como instancias horizontales de difusión y de reelaboración. El recorrido comienza impulsado por las elites económicas y sociales, desciende a las elites políticas y gubernamentales, va luego a los medios de comunicación, de allí sigue su curso hasta los líderes de opinión y finalmente desemboca en el público (Deustch tomado de Sartori 1987).

En la dinámica de estas últimas elecciones uno de los remansos de esta cascada recoge el mensaje, lo discute, lo desecha y termina articulando una nueva propuesta. Esta modificación ocurre a nivel de los formadores de opinión que en ciertos sectores claves de nuestra sociedad se sitúa no a nivel de periodistas, intelectuales o expertos en mercadeo sino en personas reconocidas en la comunidad por sus méritos y calidades como comerciantes, empresarios, transportistas, dirigen

tes de organizaciones. Es razonable suponer que en un contexto de desencanto con respecto a la clase política y donde además tienen tanta gravitación las economías familiares y los pequeños talleres y negocios sean las personas que hemos mencionado quienes merecen una mayor credibilidad. y que a partir de estos actores influyentes el movimiento en cascada sigue su curso a través del contacto directo, el intercambio de correspondencia, las noticias telefónicas de la capital a las pequeñas ciudades y desde allí al medio rural. Como en el caso ya visto del estilo de trabajo de los informales son redes que se hacen y se deshacen. No se trata que los sectores populares hayan creado una estructura de decisiones desconocida y omnipresente que se pronuncia en todas las ocasiones y para todos los problemas..En este caso el mecanismo se puso en funcionamiento por el vacío que provocaba la insatisfacción con las otras fuerzas políticas.

Los grupos evangélicos apoyaron también la candidatura de Fujimori y esta decisión se ha interpretado como una de las razones que explican su triunfo. No consigue sin embargo advertirse con claridad cómo una opción religiosa asumida por el 5% de la población nacional haya tenido una capacidad de convocatoria susceptible de provocar un vuelco radical en el electorado<sup>4</sup>. Sin embargo en una situación de desconcierto es probable que estas comunidades hayan proyectado una imagen de seguridad y de honradez que suscitara adhesiones temporales, antes que el establecimiento de una comunicación planteada en el terreno de las creencias compartidas. Todo ocurre como si en una situación de vacío político uno de los pocos asideros con los que se

4. Algunas de las interpretaciones aquí expuestas surgen de una discusión sobre el tema con Hortensia Muñoz.

cuenta para decidir es el de discriminar entre personas confiables y no confiables.

La mayoría de los evangélicos lo son de primera generación. Esta circunstancia hace que su convicción religiosa no se encuentre asociada a experiencias tempranas de socialización sino es el resultado de una conversión que modifica radicalmente sus expectativas y objetivos. Los evangélicos se sienten compelidos a dar testimonio de su religiosidad en su vida cotidiana y exhiben estos cambios en su círculo de relaciones, dando prueba una y otra vez de seriedad, de coherencia, de sentimientos de respetabilidad. Estas comunidades religiosas ofrecen, en una sociedad en crisis, espacios de acogida ya que quienes se acercan a ellas son tomados en cuenta, se les asigna responsabilidades y tareas y además se les ofrece oportunidades de promoción personal que puede eventualmente llegar al desempeño de responsabilidades pastorales. Esta situación difiere con los rápidos techos en términos de cargo y prestigio que ofrece a sus feligreses la Iglesia Católica. Los evangélicos son vistos por sectores de clases medias, clases medias bajas y sectores populares (de donde proceden la mayoría de ellos) como personas que transmiten una imagen de congruencia entre los valores que predicán y la manera en la que se conducen en su vida cotidiana. Los principios de honradez y trabajo preconizados por Fujimori tenían una cláusula de garantía en cuanto a su veracidad para algunos sectores por la adhesión de estas congregaciones religiosas. Pero el mensaje transmitido tiene fuerza por la falta de otros referentes persuasivos; en otra coyuntura es muy probable que no surtiera el mismo efecto. En contraste, la jerarquía de la iglesia católica organizando la procesión del Señor de los Milagros asociándola estrictamente a una coyuntura



electoral, presenta una imagen de poder e imposición que no consigue puntos de encuentro con una experiencia religiosa popular en la que las vivencias más profundas y sentidas se vinculan a tradiciones y a una memoria asociada con calendarios y ciclos rituales que no pueden alterarse arbitrariamente.

En todo caso no son los informales, los evangélicos, la falta de un centro político, el descrédito de los partidos, los clivajes étnicos y las diferencias sociales las causas que explican, una a una, el triunfo de Fujimori sino el efecto de fusión de todas ellas en una situación de vacío político provocado por las insatisfacciones que suscitaban las otras opciones. Estas circunstancias reforzaron el valor de la comunicación personal alcanzando una insospechada efectividad métodos en teoría obsoletos como el de los volantes mimeografiados, repartidos con un comentario previo por parte de quien los entrega, que encontraban muchas veces receptividad y acogida. Las imágenes difundidas por la televisión quedan del otro lado de esta realidad, buscando provocar respuestas y reacciones que nunca llegaron a expresarse.

Entre las sorpresas que provoca el triunfo de Fujimori una de las más impactantes tiene que ver con la precariedad de algunas de las visiones de las ciencias sociales sobre el país. A fines de la década del 60 se entendía a la sociedad peruana como un archipiélago, formada por islotes, constituyendo entonces su rasgo predominante la desarticulación entre regiones y sectores económicos y sociales. El creciente proceso de urbanización introdujo matices, modificaciones o una superación definitiva de este planteamiento.

Sin embargo, esta perspectiva se mantenía para seguir pensando en los acontecimientos presentes, por parte de los antropólogos asesores del

FREDEMO, que anteriormente tuvieron participación decisiva en el informe de Uchuraccay y por el propio Vargas Llosa en su discurso demonónico que oponía civilización a barbarie. Los resultados electorales del 8 de abril y del 10 de junio demostraron que las clases populares de distinta procedencia y ocupación mantenían un vínculo más fluido y eficaz y un comportamiento más homogéneo del que se había sido capaz de reconocer hasta esos momentos.

## **5. Los riesgos y las incertidumbres**

La alta votación obtenida por Fujimori - en lo que ella tiene de ruptura de antiguos vínculos y de búsqueda de establecer otros nuevos- indica tanto escepticismo y descrédito acerca de la política, como una demostración de la vitalidad con la que se quiere encontrar una nueva salida, aunque no se alcance a visualizar con claridad sus resultados futuros. Este pronunciamiento electoral muestra paradójicamente la volatilidad de las lealtades políticas unida a la persistencia de las identidades populares, definidas en líneas de clase, étnicas y culturales. Una opción que trata de ocupar el espacio moderado del centro y del centro izquierda demuestra sin embargo con su triunfo los desequilibrios existentes, la profundidad de las brechas sociales y la diversidad de canales por los cuales se forman los juicios y se toman las decisiones. Una sociedad en la que durante toda una década se fue profundizando la división entre la elite política y los sectores populares, y en la cual los actores débilmente estructurados no encontraban los procedimientos para que sus necesidades se convirtieran en demandas y reivindicaciones, trata de encontrar un camino para escapar de la polarización, cuando todos los acontecimientos -la crisis económica,

el asedio de los grupos alzados en armas, la debilidad de las estructuras de mediación, los procesos de exclusión social- parecían estar empujando a ella.

El nuevo escenario obliga a realineamientos políticos. Los 14 senadores y los 33 diputados de Cambio 90 no garantizan la constitución de un bloque homogéneo, como se ha podido advertir en esta legislatura. Un movimiento que irrumpe y crece vertiginosamente en tan corto plazo seguramente expresa a distintas tendencias, prioridades e intereses que sólo después de las elecciones comienzan a expresarse con claridad. El FREDEMO en tanto coalición de la derecha pierde vigencia política, por lo menos en esta coyuntura, y es probable que el Movimiento Libertad que tuviera en Vargas Llosa a su más reconocido dirigente se incline progresivamente a una alternativa liberal ortodoxa; Acción Popular, por el peso de sus bases provincianas y una mayor flexibilidad para adaptarse a los cambios políticos y sociales, intente trasladarse al centro del espectro mientras que el Partido Popular Cristiano procure jugar un papel de arbitraje entre estos dos polos. Las izquierdas que han experimentado una severa derrota electoral ya están sometidas en la coyuntura a un conjunto de presiones y exigencias que las conduce a tomar posiciones antes de hacer un balance de las razones que explican su reciente fracaso. Algunos sectores se encuentran dispuestos a colaborar con el gobierno, otros procuran ganar el liderazgo de la oposición en tanto que muchos militantes de sus partidos más radicales, desvinculados del trabajo cotidiano en las precarias organizaciones sociales existentes, se sienten atraídos por la prédica de los grupos que preconizan la violencia política. Solo el Partido Aprista Peruano mantiene vigentes sus estructuras partidarias

formales; sin embargo le queda un largo camino por recorrer para recuperar las adhesiones perdidas y en este trayecto establecer con claridad los alcances de una eventual colaboración con el nuevo gobierno y los límites de su acción opositora. A la atomización social y la crisis de las representaciones se agregan ahora algunos síntomas de desorganización y hasta de disolución en los partidos políticos.

En este ambiente, comienza a trabajar un parlamento en el cual el gobierno elegido no cuenta con una mayoría absoluta (a diferencia de lo que ocurriera en los regímenes anteriores) circunstancia que lo obliga a realizar acuerdos con otras fuerzas políticas. En un clima de incertidumbre y de improvisación resulta difícil establecer las condiciones para llegar a consensos y si ellos ayudarán finalmente a afianzar una precaria institucionalidad.

Fujimori no es un candidato que haya generado las elevadas expectativas y la confianza que en oportunidad de su ascenso al poder suscitara Alan García. Luego de la política de ajuste económico predomina en cambio un clima de tensa espera y una exigencia de resultados de corto plazo como el procedimiento acorde para juzgar a quien ha invocado en su campaña política las virtudes de la eficiencia y el pragmatismo. Fujimori ha conseguido acumular votos pero no reclutar adherentes convencidos; su vertiginosa ascensión puede ser el antecedente de una rápida caída en su popularidad. Desde las alturas del poder, no encuentra asideros estables ni en la política ni en la sociedad.

En estas condiciones, las corporaciones pueden ocupar el lugar que le corresponde a los partidos, los grupos de interés, las organizaciones sociales. Una de estas expresiones ha sido la ingerencia directa de las Fuerzas Armadas a los

pocos días de iniciado su gobierno en el cambio de los comandos militares y en la reestructuración de las jefaturas policiales. Un riesgo que se cierne sobre la estabilidad democrática radica en que Fujimori considere la precariedad de la sociedad civil y de la sociedad política como hechos que actúan a su favor, erosionando aún más la débil institucionalización del parlamento, del poder judicial y de los partidos políticos - tema de sus reiterados ataques - y quede atrapado por los interlocutores y las reglas del mismo juego que quiso promover.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ALFARO, Rosa María

1990 "Votar por tí pero no contigo", Suplemento de **Página Libre**, 8 de julio.

BALBI, Carmen Rosa

1989 **Identidad clasista en el sindicalismo. Su impacto en las fábricas**, DESCO, Lima.

BERNALES, Enrique

1989 "El funcionamiento del sistema político en la Constitución de 1979", **La Constitución diez años después**, Fundación F. Naumann, Lima.

BRUNNER, José Joaquín

1985 "El movimiento estudiantil ha muerto: nacen los movimientos estudiantiles", **FLACSO**, Santiago de Chile.

CHÁVEZ, Eliana

1990 "¿ Votaron los informales por Fujimori? Una reveladora encuesta", **Quehacer** N° 64, mayo-junio, DESCO, Lima.

DAHL, Robert A.

1989 **La poliarquía. Participación y oposición**, Editorial Tecnos, Madrid.

DE ALTHAUS, Jaime

1990 Editorial del diario **Expreso**, 8 de junio.

DEGREGORI, Carlos Iván

1990 "El triunfo de Fujimori y la historia de un deicidio", **Página Libre**, 17 de junio.

DE SOTO, Hernando

1986 **El otro sendero**, Editorial El Barranco, Lima.

FRANCO, Carlos

1990 "Exploraciones en otra modernidad. De la migración a la plebe urbana", mimeo.

GOLTE, Jürgen

1990 "Mundos en conflicto", revista **Sí** N° 174, junio.

GROMPONE, Romeo

1990 "Nuevos actores y sistema político", **IEP**, (en prensa).

PAREJA, Carlos

1989 "Polifonía y jacobinismo en la política uruguaya",  
**Cuadernos del CLAEH** N° 49, Montevideo.

PARODI, Jorge

1987 **Ser obrero es algo relativo... Obreros, clasismo y política**, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

QUESADA, Oscar

1990 Entrevista en el suplemento de **Página Libre**, 8 de junio.

ROSPIGLIOSI, Fernando

1990 "Perú, sorprendentes resultados", **IEP**, mimeo.

SARTORI, Giovanni

1988 **Teoría de la democracia**, Alianza Universidad, Madrid.

TUESTA, Fernando

1989 **Pobreza urbana y cambios electorales en Lima**,  
DESCO, Lima.

VILLARÁN, Fernando

1990 "El fenómeno Fujimori o la crisis de las ideas convencionales", **Quehacer** N° 64, mayo-junio,  
DESCO, Lima.

**EL APRENDIZ DE BRUJO  
Y EL CURANDERO CHINO**  
**Etnicidad, modernidad y ciudadanía**

CARLOS IVÁN DEGREGORI



## PRIMERA PARTE

### *La modernidad, ja ja*

"El Sargento echa una ojeada a la Madre Patrocinio y el moscardón sigue allí. La lancha cabecea sobre las aguas turbias, entre dos murallas de árboles que exhalan un vaho quemante, pegajoso. Ovillados bajo el pacamari desnudos de la cintura para arriba, los guardias duermen abrigados por el verdoso, amarillento sol del mediodía (...) Tiesa en la popa, la Madre Angélica está con los ojos cerrados, en su rostro hay lo menos mil arrugas, a ratos saca una puntita de lengua, sorbe el sudor del bigote y escupe. Pobre viejita, no estaba para estos trotes. El moscardón bate las alitas azules, despega con suave impulso de la frente rosada de la Madre Patrocinio, se pierde trazando círculos en la luz blanca y el práctico iba a apagar el motor, Sargento, ya estaban llegando, detrás de esa quebradita venía Chicais. Pero al Sargento el corazón le decía no habrá nadie."

Así comienza *La Casa Verde*. Una lancha con cinco policías, un práctico y dos monjas se interna en la selva en busca de aguarunas. Cuando llegan a Chicais, efectivamente no hay nadie. Los nativos han huido al advertir la expedición:

conocen sus intenciones. Pero una desprevenida familia de otro pago llega a la aldea cargando racimos de plátanos: una vieja, dos hombres adultos, dos chiquillas y un niño. En una escena cuyo inicio reproduce en pequeño la emboscada de 1532 en Cajamarca, los policías se esconden y las dos monjas salen a parlamentar con los nativos. No necesitan Felipillo pues hablan aguaruna. Pero el niño descubre a los policías ocultos y la escena se encamina por otros rumbos. Las monjas logran vencer el temor de la familia y todos se sientan a compartir una comida. El objetivo de las religiosas es lograr que los aguarunas accedan a entregarles sus hijas, para llevarlas a la Misión de Santa María de Nieva donde recibirían educación, dejarían de ser paganas y se volverían civilizadas. Los aguarunas finalmente se niegan, devuelven las pulseras y collares que les habían regalado y pretenden retirarse. Entonces, los policías resultan más eficaces que las monjas. Después de un encarnizado forcejeo con abuela y nietas mientras los aguarunas varones son inmovilizados por las armas de fuego, la pequeña expedición de rapiña logra huir con sus presas. Las niñas se sumarán a las internas de la Misión, que terminan a veces de sirvientas en casas de peruanos "civilizados", o de prostitutas, en *La Casa Verde* de Piura, por ejemplo.

\* \* \* \*

Fue Vargas Llosa quien introdujo el tema de la modernidad en las elecciones y lo puso en el centro del debate político nacional con obsesiva insistencia. Es un tema que desde hace mucho y en sus múltiples variantes, lo apasiona. Pero su comprensión del impacto de la modernidad en estas sociedades periféricas, tan lejos de Suiza y tan al filo de Africa (cielo e infierno de la Humana Comedia vargasllosiana), no siempre fue la misma. En *La Casa Verde*, por ejemplo, los "agentes civilizadores" -monjas, policías, autoridades locales, comerciantes- podían resultar profundamente irracionales, a veces ridículos, con frecuencia arcaicos, casi sin excepción injustos y autoritarios cuando no despiadados.

Años después, en *La guerra del fin del mundo* MVLl narra el choque de dos mundos ininteligibles el uno para el otro. Uno portaba la luz, la ciencia, la razón: *Ordem e Progresso*, como reza la inscripción en la bandera brasileña; el otro lo arcaico, la irracionalidad, el fanatismo. Pero aún allí, el personaje que despertaba más empatía era el rebelde primitivo Antonio Consejero.

Sin embargo, cuando en 1989 Vargas Llosa inicia su arrolladora campaña hacia la presidencia de la República, su concepción ya es tersa y sin fisuras. Refirámonos sólo a dos momentos donde su visión de la modernidad aflora con más fuerza. Uno es la larga entrevista periodística con la cual MVLl inició su campaña, donde uno de los motivos recurrentes es la lucha contra un estado de "vida bárbara, de sociedad africanizada" (*Expreso*, 24.8.89:5); donde el objetivo del FREDEMO es esbozado como el de "salvar a nuestro país de la barbarización"; donde Inglaterra es casi un horizonte utópico y Margaret Thatcher una heroína cultural<sup>1</sup>. El otro es el de

1. Esta larga entrevista de 16 páginas estuvo a cargo de Jaime de Althaus y Federico Prieto, con la participa

bate final con Fujimori, cuando vuelve a mencionar a: "los países europeos, que son los países modernos, que son los países libres, como en el que quiero convertir al Perú" (*Página Libre* 4.6.90:5). Y luego, acicateado por su contrincante, afirma: "no estaría mal que el Perú fuera una Suiza, un país que tiene uno de los niveles más altos del mundo, es un país de una democracia ejemplar que para resolver cualquier problema todos los suizos votan en unos plebiscitos" (ibíd.:8).

¿Cómo el mismo que en *La Casa Verde* dibujó un mundo de riquísima textura, pletórico de matices, pudo llegar a esta visión *naive*, ingenua y paradójicamente premoderna (casi mágica) de la modernidad y los países europeos? Más decisivo aún: ¿cómo y por qué una tal visión se convirtió en eje del mensaje fredemista durante la campaña electoral?

El presente trabajo sostiene que en esa opción se revelan los límites y contradicciones del proyecto en apariencia más renovador de la derecha peruana y de su sector políticamente más volitivo, agrupado en ese entonces en Libertad.

Allí encontramos a la primera generación criolla de derecha sin ataduras con los terratenientes tradicionales, extinguidos luego de los movimientos campesinos de los años 60 y la Reforma Agraria velasquista. Además, por primera vez en más de medio siglo, alrededor de Libertad se agrupan prominentes intelectuales de derecha, como no sucedía desde los tiempos de Riva Agüero y Víctor Andrés Belaunde. Por primera vez en décadas Libertad articula una propuesta coherente para la inserción del Perú dentro de

ción de Jorge Morelli, Lourdes Flores y Eduardo Deza. La citaremos extensamente porque en ella se condensan un conjunto de temas que reaparecerán como los principales a lo largo de su campaña.

los nuevos circuitos capitalistas internacionales, y a partir de ella intenta una alianza con sectores populares<sup>2</sup>. Ese intento se sintetiza en el lema "tú también puedes ser empresario", que apela a su vez a una nueva realidad en el mundo popular: el crecimiento de los microempresarios y el llamado "sector informal" de la economía. Pero si bien algunos en Libertad comprendieron ciertos rasgos y aspiraciones económicas de los informales, no los comprendieron étnica y culturalmente; ni comprendieron su propia ubicación a esos niveles dentro del país.

Factores étnico-culturales contribuyeron pues, entre otros, a que Libertad terminara reproduciendo rasgos similares a aquellos que le impidieron a la antigua derecha oligárquica comprender los caminos de la democracia y la construcción nacional en el Perú. A esos rasgos se añadió un nuevo punto ciego: la incapacidad de reconocer la existencia de una modernidad popular, al menos en parte endógena y no meramente importada e imitativa<sup>3</sup>.

Antes de desarrollar estos argumentos, considero necesarias tres precisiones. Primero, el trabajo explora los aspectos étnico-culturales, que afloraron con gran fuerza en la confrontación electoral, pero no subestima la importancia de muchos otros factores, varios de los cuales son tratados por Romeo Grompone en este mismo volumen. Se trata únicamente de llamar la atención sobre dimensiones como la etnicidad y el racismo, ignoradas en los debates políticos e in

2. El anterior fue el intento nonato de Pedro Beltrán, cuyo Movimiento de los Independientes no pudo realizar siquiera su mitin de lanzamiento en el patio de la antigua Recoleta en 1961.

3. Sobre modernidades alternativas a la mera aculturación, véase: Franco 1990.

suficientemente estudiadas en los medios intelectuales.

Por otro lado, el trabajo se centra tal vez demasiado en la figura de Mario Vargas Llosa, pero lo hace porque el escritor-convertido-en-candidato termina personificando la terrible paradoja del sector social agrupado en Libertad. El, que quiso ser abanderado de lo nuevo, se convirtió en catalizador de los viejos reflejos estamentales, racistas y coloniales de la burguesía criolla, heredera a pesar de todo de la antigua oligarquía.

Finalmente, en diferentes momentos se trazan paralelos entre Libertad y Sendero Luminoso. Al respecto, reconozco la diferencia cualitativa que separa al terrorismo senderista de *todo* el resto del espectro político peruano, desde Libertad hasta la izquierda radical. Pero así como en un trabajo anterior (Degregori 1990), he comparado ciertos rasgos de SL con otros del APRA auroral o de la izquierda de los años 70, así quiero llamar ahora la atención sobre ciertas resonancias entre los dos extremos del espectro, que no son imposibles. Por algo SL nació y se desarrolló en este país, como producto de una historia de la que *todos* somos parte.

## **Vargas Llosa: Modernidad, tradicionalismo, etnicidad**

### *1. La ideología*

El encuentro de MVLL con el neoliberalismo fue fundamentalmente intelectual, una "aventura del pensamiento" como llama Miguel Gutiérrez (1988) a la forma en la cual otro intelectual arequipeño, Abimael Guzmán, se encontró con el marxismo. A diferencia de sus pares de Europa Oriental, MVLL y los principales dirigentes de

Libertad no descubrieron el valor de las "libertades negativas"<sup>4</sup> en las mazmorras del stalinismo o en el activismo político. Ello influyó en el carácter altamente ideologizado con el que MVLL asumió la política.

Imbuido de ese espíritu, Vargas Llosa se lanza al ruedo político en una coyuntura muy importante: la movilización contra la estatificación de la banca, en agosto de 1987. El propio MVLL insiste en el carácter fundacional que para él adquirió esa experiencia. La entrevista de *Expreso* comienza justamente con ese tema y el candidato no vacila en calificar dicha movilización como: "una experiencia verdaderamente decisiva... porque lo que ocurrió ahí fue algo realmente extraordinario" (p.3) cuyo significado "todavía no se ha medido a cabalidad" (p.4).

Es obvio que si dicha movilización le parece extraordinaria, es porque MVLL no quiere ver los otros grandes movimientos sociales que transformaron el rostro del Perú en las décadas de 1950-80: las tomas de tierras, la lucha por educación, las grandes migraciones, la multiplicación de organizaciones vecinales, las luchas sindicales, los movimientos regionales, los grandes paros nacionales de 1977-78, los movimientos de productores agrarios y las rondas campesinas, la masificación de las organizaciones femeninas e incluso el propio surgimiento y desarrollo de la "informalidad". La movilización contra la estatificación de la banca es *el* ejemplo

4. MVLL concibe la libertad como una "circunferencia de inmunidad para el individuo" (Morse 1982). Los individuos requieren libertad de movimientos, no ser obstaculizados por otros. Cuanto mayor sea la zona de no interferencia, mayor será esa libertad, que Berlin (1979) llama sin ningún ánimo peyorativo "libertad negativa". Esta definición de libertad, una entre varias posibles, se ubica de lleno en la tradición angloamericana de Hobbes, Bentham y Locke.

que ilustra la validez de sus tesis, al resto lo elimina de su pantalla.

Así, cuando los entrevistadores tratan de hacerle ver que era una movilización básicamente de clases medias limeñas, MVLI parece incómodo, reconoce finalmente que "la columna vertebral fue la clase media" (p.4), pero insiste con pasión en que: "se llegó a ganar el apoyo y el respaldo de sectores populares grandes" (p.4). Luego se deja llevar por el entusiasmo y generaliza: todo "el pueblo peruano" aparece "bastante certero en su identificación del origen de los males del. Perú", "perfectamente preparado para una propuesta antiestatista", "a favor de una privatización de la cultura" (p.4). Por fin concluye: "(el pueblo peruano) puede no tener una lectura digamos moderna, articulada de la filosofía liberal, pero en la práctica ha recibido unas lecciones de tal naturaleza, tan profundamente traumáticas... que está perfectamente preparado para un cambio (liberal)..." (p.4). Piensa el candidato que quienes estaban en contra de la estatificación compraban, como él, todo el paquete neoliberal<sup>5</sup>. No advertía que, salvo excepciones, sólo algunos intelectuales asumen íntegramente "ideologías pesadas" con tal vehemencia e intransigencia<sup>6</sup>. Cuando lo advierten,

5. Para los sectores de clases populares que participaron de las movilizaciones contra la estatificación o se pronunciaron en las encuestas en contra de esa medida, se trataba, entre otras cosas: a) del fin de la larga luna de miel con Alan García; b) del rechazo al crecimiento de un Estado ineficaz y corrupto, c) por cierto, de la aceptación de un conjunto de elementos liberales: igualdad de oportunidades, libre competencia, ciudadanía plena. Por eso fue siempre mayor el porcentaje de rechazo a la estatificación que el de intención de voto por MVLI.

6. El candidato reproduce los argumentos del marxismo-leninismo como en un espejo. Así como la vieja ortodoxia mal tendía a confundir al obrero huelguista con el proletario intrínsecamente opuesto al sistema, o al cam-



pocos meses después, líderes prominentes del FREDEMO no vacilan en calificar a ese mismo pueblo como ignorante e incapaz de un voto maduro.

## 2. *La base social*

En la coyuntura de la lucha contra la estatificación de la banca se sella pues un tipo de actuación política y una alianza social: el escritor se engarza con determinadas capas, que no son precisamente los informales a los cuales había saludado poco antes en el prólogo de *El Otro Sendero* (de Soto 1986). Una mujer va a simbolizar patéticamente esa opción. La noche de agosto de 1987 en que las clases altas limeñas regresaron después de mucho tiempo al arruinado centro colonial de la ciudad para protestar contra la estatificación, dos personas hicieron su debut político dirigiéndose a la multitud en la Plaza San Martín: Mario Vargas Llosa y Agripina Urquiza de Otazú, migrante, dirigente vecinal de un pueblo joven. Pero la Sra. Urquiza no volvió a aparecer hasta que, en vísperas de la segunda vuelta, un periodista de un semanario cercano al FREDEMO se dio cuenta del error y regresó al pueblo joven a entrevistarla (véase: Planas, *Oiga*, 30.4.90). Un tercer debutante de esa noche, Hernando de Soto, director del Instituto Libertad y Democracia (ILD) y organizador del mitin, pronto mostró discrepancias con la orientación del naciente movimiento y nunca entró a militar en Libertad.

pesino invasor de tierras con el comunero telúrico, colectivista por antonomasia, maduros ambos para la revolución y el socialismo; así MVLL creía al pueblo peruano maduro para su utopía. En ambos casos, sólo falta la vanguardia, que imponga un programa a través de la guerra o lo venda a través del mercado. En ambos casos, la gran ausente es la política.

Son entonces las clases altas y medias urbanas, especialmente limeñas y criollas, las que van a definir el tono de nuestro neoliberalismo. Y van a hacerla en el momento de su confrontación más beligerante con el Estado. Es sorprendente esa suerte de delirio en el cual cayeron ciertas capas sociales, que influenciadas sin duda por el clima que se vivía por entonces en Europa Oriental, confundieron al Perú con algún país del Pacto de Varsovia; que gozando de todos sus derechos individuales, enarbolaban el slogan: "únete a la resistencia"; que en medio de la más irrestricta libertad de prensa, donde hasta Sendero Luminoso se daba el lujo de tener un diario, advertían cotidianamente contra el totalitarismo.

Resultaba imposible ocultar que su crítica sincera al Estado ineficaz y corrupto se mezclaba con su fastidio ante un Estado que había devenido no sólo demasiado ancho, sino también peligrosamente ajeno, incluso un poco cholo; que se atrevía, de manera torpe por cierto, a pretender tocarles los bolsillos a los banqueros. El ánimo contestatario de su base social empalmó con el doctrinarismo de Vargas Llosa para convertir la campaña del FREDEMO en una permanente polarización, lo cual contribuyó de manera importante a su derrota. Porque el ánimo de la ciudadanía ante la dolorosa combinación de crisis económica y violencia política no era precisamente de polarización. Así, desde 1988 más del 80% se declaraba consistentemente a favor de algún tipo de acuerdo nacional. Pero MVLI se resiste a cualquier tipo de acuerdo y exige a lo largo de toda su campaña un *mandato* claro -más del 50% de votos- para aplicar su programa, porque: "la única manera de que una política de este tipo pueda llegar a materializarse es si no la mediatizas... mediante acuerdos que la van a hacer fracasar" (*Expreso*, p.10).

Además del evidente error de cálculo, ¿qué revela ese afán de preservar la pureza de sus propuestas? En el mejor de los casos, podríamos pensar que MVLL se trazó un objetivo similar al que definió Margaret Thatcher en Gran Bretaña: romper un antiguo consenso, acabar con el "Estado benefactor". Pero su afán revela también la aproximación intelectualista de MVLL a la política, que se tradujo en un voluntarismo incapaz de comprender que los acuerdos dependen más de la correlación de fuerzas sociales y políticas, que de la sola voluntad de los actores. Los acuerdos que, por cierto, mediatizan las propuestas originales de los que dialogan, son además la vía democrática. Tras la intransigencia de los voluntaristas acecha el autoritarismo, la incapacidad de reconocer al "otro" (u otros) en su diferencia. A los marxistas, por ejemplo. Según MVLL, el marxismo sólo es capaz de "camuflarse como un camaleón" (*Expreso*, p.8). Como ciertos seres de ciencia ficción, "el marxista tiene una extraordinaria capacidad de adaptación" (p.8), puede adoptar muchas formas pero sin abandonar nunca su naturaleza abominable. Los entrevistadores insisten en que la cultura política puede modificarse en la práctica. Uno afirma: "yo creo que Barrantes se convirtió a la democracia ejercitándola cuando fue alcalde (de Lima)" (p.9). Pero MVLL niega tal posibilidad: el marxismo es "ontológicamente" negativo (p.8). Por eso, con los marxistas sólo puede llegarse a acuerdos si es que abjurán ("algunos lo están haciendo y eso es magnífico", p.8), con lo cual no hay acuerdo sino conversión y uniformidad.

Por otro lado, contradictoriamente, el voluntarismo político de MVLL apunta precisamente a negar la política, o a subordinarla decisivamente al mercado. Así cuando uno de los entrevistado

res insiste en el tema del acuerdo, el candidato responde:

"¿Por qué te empeñas en lograr ese tipo de acuerdos específicos que a lo que conducen es a la constitución de unos ciertos monopolios de poder político?... ¿qué vamos a conseguir con eso? Yo creo que hay que dejar que aquí funcione también el mercado. Vamos a hacer una propuesta... que seguramente tiene imperfecciones. Para eso es interesante que el mercado funcione, que haya contrapropuestas, que permitan al pueblo peruano determinar qué es lo que más le conviene. Que a través de las elecciones se decida cuál de estas propuestas es la que se va a convertir en la acción política. A través siempre de un mercado abierto" (p. 10)

Si los acuerdos le parecían al candidato potenciales "monopolios de poder", no es casual que durante la campaña electoral la política haya aparecido desprestigiada, si se hallaba doblemente asediada: por SL desde la guerra y por Libertad desde el mercado<sup>7</sup>. El imperio del *marketing* político convierte al ciudadano en simple elector, consumidor pasivo de productos políticos: la política como espectáculo<sup>8</sup>.

7. No está demás señalar que MVLL obviaba que ese mercado político no era de competencia perfecta. Durante toda la campaña, el FREDEMO se opuso tenazmente a la aprobación de un proyecto de ley que regulaba la propaganda electoral y obligaba a declarar la procedencia de los fondos usados en ella.

8. Como para confirmarlo, dos días después de su gran entrevista en *Expreso*, MVLL arrancó su campaña presidencial en el coliseo Amauta, con una concentración en la cual, aparte de su discurso, la principal atracción no fueron los habituales artistas militantes o cercanos a los organizadores del evento, en este caso el FREDEMO (pa

Ambas opciones tienen en común su carácter *excluyente*, que de alguna manera las vincula con el antiguo Estado oligárquico basado en la exclusión de las mayorías, a las que se les otorgaba en el mejor de los casos un lugar en la historia pero no en la política<sup>9</sup>. Para entender la negativa de MVLI a los acuerdos, sería necesario tomar también en cuenta ese viejo reflejo oligárquico, que ayuda además a descifrar la actitud de alguien tan sensible al desarrollo de los acontecimientos mundiales como MVLI. Porque su intransigencia iba en contra no sólo del ánimo de los votantes sino del contexto internacional que servía de telón de fondo a la campaña electoral, en el cual los acuerdos parecían, y aún parecen, un nuevo fantasma multiforme recorriendo el mundo<sup>10</sup>.

pel que más adelante cumpliría Roxana Valdivieso), sino Las Mulatas del Caribe, bailarinas morenas en brevísimas tangas que le dieron color y calor al evento: la política como espectáculo.

9. No es casual que sean ciertos núcleos de mistis provincianos los que constituyan el contingente inicial de SL (véase: Degregori 1985, 1989a) y ciertos núcleos criollos limeños y de ciudades señoriales como Arequipa, los que constituyan el meollo de Libertad. Ambos -mistis y criollos de clase alta - han sido los sectores más afectados por el proceso de democratización y modernización popular.

10. La URSS y los EE.UU. ponían fin a la guerra fría; Europa se unía; Alemania se reunificaba; en Polonia coexistían un presidente comunista y un primer ministro de Solidaridad; en Grecia se había formado poco antes una breve coalición entre comunistas y liberales, cuyo equivalente en el Perú hubiera sido un gobierno FREDEMO/IU para enjuiciar a Alan García; en Sudáfrica, Mandela negociaba con el gobierno de minoría blanca, y hasta en Kampuchea los polpotianos dialogaban con el gobierno provietnamita. Para no salir del continente: acordaban los contras y los sandinistas, el M-19 con el gobierno colombiano; dialogaban guerrilleros y gobierno en El Salvador y Guatemala, y en Bolivia se formaba una alianza de gobierno entre el MIR y el ex-dictador Bánzer.

### 3. *Los mil rostros del mercantilismo en el Perú*

Cotler se había referido años atrás a la capacidad del Estado oligárquico, por lo menos en sus últimos decenios, para integrar segmentariamente a diferentes sectores sociales atendiendo parcialmente sus demandas y neutralizándolos políticamente (Cotler 1969). El ejemplo clásico sería el APRA en la década de 1950. ¿Qué pasa cuando es el último gran segmento mayoritario el que exige integración? Las posibilidades son varias. Libertad intentó la neutralización política a cambio de la inclusión en el mercado, pero su propuesta chocó contra la tendencia principal de los movimientos sociales de las últimas décadas, que buscaban además la incorporación ciudadana, pluriclasista, multiétnica. En Libertad no lo advierten porque al convertir al mercado en el único gran ordenador, y nivelador, imaginan un país chato, plano, donde las solas diferencias son aquellas existentes entre ricos y pobres: subestiman tanto la política como la complejidad étnica y cultural del país.

En un programa de televisión (*En Persona*, 13.5.90), MVLI afirmó citando a Borges: "uno no puede conocer su propio rostro, otros pueden ver tu rostro pero no tú mismo". Esa incapacidad de advertir su propio perfil, no sólo económico sino étnico-cultural, llevó a los dirigentes del FREDEMO a cometer uno de sus errores más graves: la campaña por el voto preferencial, que desató una pugna desenfrenada entre los propios candidatos de ese frente. A partir de su visión unidimensional del país, convencidos de que su llamado a que todos sean empresarios tendía puentes a través de la brecha económica, e influenciados posiblemente por la nueva tendencia de la cultura norteamericana que ve con

buenos ojos la exhibición de riqueza, saturaron de propaganda los medios de comunicación<sup>11</sup>.

A pocas semanas de la primera vuelta, Vargas Llosa se dio cuenta que el derroche resultaba contraproducente y llamó públicamente a sus candidatos a suprimir sus campañas individuales. No le hicieron caso. MVLI afirmó que esa actitud le provocaba náuseas. Tal vez no advirtió que él mismo había establecido desde un principio las reglas de juego y otorgado el *nihil obstat* al desenfreno cuando abogó porque los electores decidan entre las diferentes propuestas "a través de un mercado abierto". Para constatarlo en toda su crudeza volvamos a *La Casa Verde*, a Chicais, al preciso instante en que la familia aguaruna rehusa entregar sus hijas y decide retirarse. Entonces los policías entran en acción: "La Madre Patrocinio está muy pálida, mueve los labios, sus dedos aprietan las cuentas negras de un rosario yeso sí, Sargento, que no se olvidaran que eran niñas (...) ay si cometían brutalidades." Por supuesto que *tienen* que cometerlas, porque los aguarunas se defienden: "la vieja salta tras (los policías), los al

11. Las cifras sobre gastos varían notablemente. Poco antes de la primera vuelta, La República (23.3.90) estimaba que sólo en propaganda por televisión y radio, el FREDEMO había gastado más de 12 millones de dólares, contra casi 3 del APRA, un millón y medio de la Izquierda Socialista, 200 mil de Cambio 90y 160 mil de IU. Caretas, por su parte, estimaba que en publicidad televisada para la presidencia, el FREDEMO había gastado 1'350,000 dólares contra 1'130,000 del APRA. Pero en inversión publicitaria de candidatos a parlamentarios, el FREDEMO había gastado el 80% del total en ese cubro: US\$1'993,014. A continuación no venían los otros grandes partidos sino la lista Somos Libres del banquero Pardo Mesones con el 11% y la Unión Cívica Independiente con el 8% (Caretas NQ 1099, 12.3.90). Ninguna de las dos listas logró elegir candidato alguno. Finalmente, el sociólogo Eduardo Anaya calculaba que el gasto total del FREDEMO durante la campaña ascendía a 60 millones de dólares. De ellos, 9 habrían sido gastados sólo en televisión por los candidatos a parlamentarios (página Libre, 2.6.90).

canza, los araña (...) las chiquillas se debaten como anguilas (...) la Madre Angélica se cubre la boca con un pañuelo...". Los varones, inmovilizados por fusiles que los apuntan, miran con tal odio a los raptos que uno de ellos se pone nervioso y anuncia que si alguno se le avienta, "él le abría el cráneo, aunque fuera un culatazo (...) la Madre Angélica retira el pañuelo de su boca, bruto, ¿por qué decía maldades? ¿por qué se lo permitía el Sargento?".

Cuando MVLI insistía en que la pugna frede-mista por el voto preferencial le daba náuseas, exhibía la misma actitud de las monjas o la inconciencia del aprendiz de brujo. Porque así como las Madres aceptaban la premisa básica que provocaba la violencia contra los aguarunas -iban con los policías a conseguir niñas por la razón o la fuerza, y de nada valía que después se taparan la boca, rezaran rosarios o les dijeran brutos a los gendarmes- así MVLI, al dejar la elección en manos del mercado, dio luz verde y sustentó teóricamente la contienda por el voto preferencial entre sus propias huestes.

A pesar de ello, en su llamado a la moderación Vargas Llosa tenía razón. Por un lado, tanto o más que los funcionarios corruptos del gobierno aprista, los grandes empresarios del FREDEMO aparecían como los principales beneficiarios de la crisis que agobiaba al país, y los candidatos de los otros partidos se cuidaban de propagandizar esa verdad. Hasta antes del 28 de julio de 1987 García había mantenido una estrecha alianza con los principales grupos económicos, los llamados "Doce Apóstoles". Pero aún después del intento de estatificación de la banca, siguieron siendo ellos los favorecidos, pues durante el quinquenio aprista se produjo la redistribución del ingreso más brutalmente regresiva de la historia peruana (cuadro 1).



Cuadro 1  
Utilidades y remuneraciones  
en la distribución del ingreso nacional  
( Cifras relativas)

	1980	1985	1989
Utilidades de empresas	42.1	42.6	60.6
Remuneraciones	35.2	31.2	19.8

Fuente: Banco Central de Reserva del Perú, Gerencia de Estudios Económicos.

#### a. El "mercantilismo de la piel"

Más aún, no se trataba sólo del despilfarro en medio de la crisis. Los candidatos se exhibieron como si fueran el "hombre nuevo", el ideal integral: económico, social, cultural e inclusive racial. Hicieron derroche de dinero y *de blancura*. Eran no sólo ricos sino blanquísimos. Exhibían, además, otro lenguaje, otro estilo de vida, otra cultura, cercana quizás, *en su autopercepción*, al ideal suizo de MVLL, pero muy distante de la de los microempresarios y los trabajadores independientes informales, que son mayoritariamente migrantes de origen andino. Un análisis semiótica de los spots televisivos sería decisivo para observar cómo el FREDEMO terminó exacerbando las contradicciones clasistas y *étnicas*; cómo en su campaña ocupó lugar central la *arrogancia* con sus correlatos implícitos: desprecio y paternalismo. Todos ellos rasgos oligárquicos que definen las relaciones interétnicas en el país no como diferencia sino como desigualdad.

Podemos decir que el liberalismo peruano insurgió contra el mercantilismo económico pero fue absolutamente ciego ante lo que metafóricamente podríamos llamar "mercantilismo de la piel", ese beneficio del que gozan aún hoy los

criollos en el Perú, donde todavía el hecho de ser blanco o de piel clara otorga una suerte de "renta diferencial", que se gana con sólo mostrar la cara. Ni siquiera eso. A veces basta hablar (bien, con determinado acento) castellano por teléfono para hacerla efectiva<sup>12</sup>. Porque se trata de una ventaja étnico-cultural más que racial<sup>13</sup>.

Esa ceguera fue también una de las causas de la alianza, criticada en su momento, de Libertad con los viejos partidos de la derecha, AP y PPC, repletos de mercantilistas pero... blancos, *decentes*, *gallardos*. Más que su modernidad económica

12. Existen múltiples estudios sobre la importancia de la palabra, y del dominio del castellano, en los sectores populares. Véase, por ejemplo: Rosa María Alfaro 1987.

13. Supera los límites del presente artículo desarrollar una discusión amplia sobre un terna tan complejo y una realidad tan fluida como las relaciones interétnicas en el país. Digamos tan sólo que cuando aquí hablamos de criollos nos referimos especialmente a las clases altas y medias, blancas y mestizas de piel clara, de origen mayoritariamente español, aunque desde fines del siglo pasado se suman a sus filas inmigrantes llegados de otros países de Europa. Pero también nos referimos a sectores criollo-populares, especialmente limeños, que comparten una serie de códigos con los criollo-dominantes en la que Golte y Adams (1987) llaman "ciudad-palacio". Es necesario introducir aquí un matiz, en tanto a partir de principios de siglo y con más fuerza desde la década de 1960, se produce lo que López (1979) llama la "escisión del contingente criollo". Al principio, a partir del surgimiento de un proletariado industrial y el fortalecimiento de los sindicatos y una cultura primero anarquista y luego socialista y aprista. Luego, en los años 60-70, a través de las grandes migraciones. En sindicatos e invasiones urbanas, criollo-populares y andinos se reconocen finalmente como iguales en la lucha contra enemigos comunes (véase: Degregori y otros 1986).

En una situación ambigua, aunque percibiéndose cercanos o incluso integrantes del "contingente criollo" se encuentran los sectores altos y medios de las sociedades terratenientes en descomposición, mlstis de las ciudades serranas, muchos de ellos migrados a la costa, bilingües castellano-quechua en las generaciones mayores.

primó su cordón umbilical con el Perú estamental, el tradicionalismo<sup>14</sup> sobre la modernidad.

Esa ceguera explica asimismo la eclosión de racismo que se produjo en el FREDEMO después del 8 de abril. Lo que hasta entonces aparecía implícito en las imágenes televisivas, asomó por fin en el discurso. Una suerte de inconciente oligárquico, ubicado más allá del control de MVLL y las figuras más autocontroladas del FREDEMO, comenzó a aflorar por los resquicios más diversos. Pocos días después de las elecciones, Enrique Chirinos Soto, portavoz oficial del FREDEMO declaraba que, más allá de la Constitución escrita existía una "Constitución histórica", que no aceptaría a un "peruano de primera generación" en la presidencia de la República. Afirmaba además que, mientras MVLL era un "peruano por los cuatro costados" y su idioma materno era el castellano, el de Fujimori era el japonés, y su madre no hablaba castellano. (*La República*, 19.4.90:4). Sus declaraciones se produjeron en medio de una lluvia de manifestaciones escritas y orales de racismo, e incluso de maltratos por suerte aislados a ciudadanos peruanos de origen chino y japonés.

De los miles de ejemplos mencionaré sólo uno, interesante por venir de un destacado antropólogo con un alto cargo en la Comisión de Pacificación del FREDEMO, que sale a calmar los ánimos de quienes denostaban contra los resultados electorales y a explicarles, desde su supuesto conocimiento del "Perú profundo", las causas sociales y culturales de esa votación.

14. Resulta útil distinguir, como Mariátegui, la tradición de los tradicionalistas: "la tradición es, contra lo que desean los tradicionalistas, viva y móvil. La crean los que la niegan para renovarla y enriquecerla. La matan los que la quieren muerta y fija, prolongación de un pasado en un presente sin fuerzas..." (Mariátegui 1970a:117).

Dice Juan Ossio (*Expreso*, 18.4.90:7) que: "la opción por Fujimori, más que racional, es emotiva". Ello porque sus electores se encuentran principalmente entre sectores de migrantes urbanos y de campesinos a los cuales: "un conjunto de cambios muy profundos lanzaron intempestivamente más allá de sus reducidas fronteras (rurales)". Ellos ya han aceptado la formalidad del sistema democrático, pero: "la comprensión de lo que (éste) supone y de las vías para mejorarlo todavía les son lejanas". Por eso, "por el momento no les podemos pedir más...". Debemos comprender que su voto es:

"la expresión de una juvenil voluntad democrática que, rechazando la violencia, representa una protesta pacífica, aunque irreflexiva, contra lo que ven como política tradicional (y que) los electores de Fujimori pecaron por su juvenil formación democrática, dejándose llevar, emotivamente, por las apariencias y no por los contenidos..." .

Es pasmoso el grado en el que Libertad revivió lo que se creía muerto, al menos en el lenguaje escrito de la elite política y académica: las imágenes que *mistis* y oligarcas de principios de siglo tenían sobre el indio como sinónimo de niño, aplicadas ahora ya no precisa o solamente al indio, sino a los sectores populares, especialmente migrantes de origen andino. Aunque si entonces se les tomaba por niños, casi un siglo más tarde ya se les considera adolescentes.

#### b. El "mercantilismo de la cruz"

Martes Santo de 1990. Un auto de lunas polarizadas llega a la casa de Mario Vargas Llosa. Ig-

noro la marca pero lo imagino frío y elegante como su dueño, que es el único ocupante visible del vehículo. Se abre la puerta del garage, el auto ingresa a la mansión barranquina burlando el cerco de periodistas que asedia incansable los muros de la residencia. Una vez dentro de la casa, del auto sale el conductor, Luis Bustamante, jefe de Plan de Gobierno del FREDEMO. Lo acompaña una figura negra y afilada, que nadie ha visto entrar pero se enfrasca en una larga conversación con el escritor, encerrado en su domicilio desde su pírrica Victoria del Domingo de Ramos, que lo dejó lejos del 51% de votos necesarios para ganar en primera vuelta. Desde entonces, la ciudad y el país hierven de rumores sobre la renuncia de MVLI a participar en la segunda vuelta, insinuada en su discurso de la noche del domingo. Terminada la reunión, el personaje vuelve a perderse en las profundidades del coche, que sale aparentemente con sólo Bustamante al volante. El Viernes Santo, en la playa Los Pulpos, el escritor confesaría a miembros de su entorno familiar, que esa conversación resultó muy importante en su decisión de continuar en la brega.

El protagonista de ese episodio, salido de una novela de Dumas o Phonsón du Terrail era Monseñor Augusto Vargas Alzamora, arzobispo de Lima y primado del Perú. Esa fue al menos la versión que circuló en medios políticos y periódicos en los días siguientes, sin ser desmentida explícitamente por Vargas Alzamora<sup>15</sup>.

Lo cierto es que sectores conservadores de la jerarquía eclesiástica se jugaron como nunca antes en la historia del Perú del S.XX por el triun

15. Estando este trabajo en prensa, Alvaro Vargas Llosa ha publicado un libro titulado "El diablo en campaña", que confirma y da una versión más detallada de esta visita.

fa de un candidato, y que por la misma época revivió otro rezago del Perú oligárquico, que metafóricamente llamaremos "mercantilismo de la cruz". El Domingo de Resurrección, cinco días después de su conversa con MVLI y siete después de la primera vuelta, el Arzobispo apareció en un programa de TV (*Panorama*, 15.4.90), dando una definición *sui generis* de agnóstico. Según él, agnóstico no sería quien considera la existencia de Dios imposible de probar, sino aquel que quiere creer en Dios pero no lo halla, lo busca pero no lo encuentra. El prelado convirtió esa noche a Vargas Llosa en una suerte de agónico, transido por la angustia de no encontrar a un Dios demasiado elusivo.

Es que en las listas de Cambio 90 habían salido electos como diputados y senadores alrededor de quince evangélicos, 6.25% del total de parlamentarios (240). En realidad, la cifra se halla apenas por encima del porcentaje de evangélicos sobre la población nacional, estimado en un 5%. Pero ellos fueron uno de los pilares del sorprendente éxito de Fujimori, y su incursión en política fue vista con gran recelo.

Poco después de la sorprendente aparición del Arzobispo, en Lima y otras ciudades circularon volantes, algunos posiblemente apócrifos, insultando a la Virgen María. Eso bastó para que se desatara una campaña contra los que el diario *Ojo* llamó "los blasfemos de Cambio 90". Y para que, con el apoyo de la Legión de María, la Acción Católica, el Movimiento Familiar Cristiano, el Apostolado de la Oración, el *Opus Dei* y *Sodalitium*, entre muchos otros grupos similares<sup>16</sup>, el Arzobispo de Arequipa sacara extemporáneamente en procesión a la Virgen de Chapi y el de

16. Véase la lista completa en: *El Comercio* 27.5.90: p.3.

Lima al Señor de los Milagros, apenas diez días antes de las elecciones.

Tras esa desembozada incursión política de la jerarquía eclesiástica no es difícil advertir cómo los temores étnicos y clasistas que despertaba la irrupción de Fujimori se mezclaban con la defensa de intereses, llamémosles "mercantilistas", que la jerarquía católica ha gozado a partir de su vinculación con el poder desde 1532. No resulta exagerado remontarse tan atrás. Sintomáticamente, junto al Señor de los Milagros desfiló por Lima la imagen más antigua traída por los conquistadores en el S.XVI: la Virgen de la Evangelización. Por su parte, al opinar críticamente sobre estos mismos acontecimientos, Monseñor Dammert Bellido, obispo de Cajamarca, afirmó que: "hay algunos que viven lamentablemente en una época... de cruzada, de conquista, de lo que en España llamaron el 'catolicismo nacional'" (*La República*, 28.5.90:3).

Si bien Vargas Llosa condenó explícitamente la campaña racista, lo cual lo enaltece, calló ante la cruzada antievangélica,.. incluso cuando inundaron la televisión y la radio spots sin pie de imprenta, con virgen, papa, cruces y rosarios, que proclamaban: "Perú país católico". Contravino así uno de los pilares del liberalismo. Más aún, en el debate final con Fujimori salió en defensa de la Iglesia Católica que:

"por primera vez, que yo recuerde en la historia, ha tenido que salir a defenderse de esas sectas (...) intolerantes que hacen de la campaña política una manera de promover unas convicciones de tipo religioso que transtornarían profundamente lo que es toda la tradición religiosa del Perú (y que) vienen montadas en el caballo del ingeniero Alberto Fujimori (...) No es posi-

ble que unas (creencias), y sobre todo minoritarias, quieran hacer de la política una manera de ganar espacio político y destronar a la que es la principal religión en toda la historia del Perú que comienza con la llegada de Occidente a América" (*Página Libre*, 4.6.90:10)

El camino de Damasco del escritor-candidato parecía haber concluido, pero como todos sus caminos, también éste conducía indefectiblemente a su versión estereotipada de Occidente.

#### 4. "Modernización tradicionalista"

En conclusión, podríamos hablar para el caso peruano de algo que parece una contradicción en sí misma: una suerte de liberalismo señorial, que encontraría sus antecedentes en lo que Trazegnies (1987), refiriéndose al Perú del S.XIX, llama "modernización tradicionalista". En ella:

"no hay una sustitución de lo antiguo por lo nuevo, de los principios aristocráticos por los burgueses, sino una ingestión de lo nuevo por lo antiguo: las nuevas generaciones burguesas que asumen el rol dominante resultan ingeridas y metabolizadas por la concepción aristocrática de la sociedad." (Trazegnies 1987:109)

Aún hoy, a pesar de su modernización, estas clases conservarían un núcleo sólido, que se resiste a evaporarse en el aire. Uno de los protones de ese núcleo sería la persistencia de la brecha étnico-cultural entre criollos y andinos. Ello es posible en el Perú, entre otras causas, por la ausencia en su historia de reformas liberales como las que tuvieron lugar en otros países de



América Latina en el S.XIX, y de revoluciones nacionales como las que en el presente siglo transformaron países con poblaciones indígenas importantes, como México y Bolivia. A estas ausencias se suma el carácter dependiente del capitalismo que se desarrolla en el país, más vinculado al exterior vía exportaciones o fuga de capitales, que al fortalecimiento de un mercado interno homogeneizador.

Japón sería un ejemplo de modernización tradicionalista. Pero allí los rasgos que persisten sirven para reforzar la unidad nacional y para aglutinar a los trabajadores alrededor de las elites empresariales que dirigen el proceso de modernización, pues comparten valores y tradiciones comunes, que permiten la existencia de lealtades incondicionadas y hacen aparecer borrosos o "naturales" los procesos de subordinación y explotación. En el Perú, por el contrario, la persistencia de un núcleo tradicionalista profundiza y refuerza la brecha étnico-cultural que separa a las clases dominantes, mayoritariamente criollas, de los mestizos e indígenas, bloqueando la construcción de la nación. Porque la tradición que se conserva es un núcleo no sólo *estamental*, sino además *colonial*.

Es a causa de esa brecha colonial que Vargas Llosa aparece externo y lejano, y ella es también una de las razones por las cuales el escritor arrastra en su debate a todas las empresas de sondeos de opinión.

En un programa de televisión (*Contrapunto*, 24.6.90) fueron entrevistados representantes de las principales empresas encuestadoras, ninguna de las cuales acertó con los resultados electorales. Entre sus muchas explicaciones, cabe referirse aquí a dos. Una, sus dificultades para cubrir bien el estrato más pobre, que abarca "pueblos jóvenes" y zonas rurales empobrecidas, y es

donde se originó el fenómeno Fujimori. Consideramos que las dificultades surgen no sólo por los abismos entre ricos y pobres, sino porque ese estrato es mayoritariamente de origen andino. Y esto se relaciona directamente con el segundo punto: el representante de *Apoyo S.A* habló de "voto oculto" por Fujimori y el de *Datum* de "respuestas evasivas". Según este último, presionados por la propaganda masiva; por los medios de comunicación *más prestigiosos*<sup>17</sup>; por los líderes de opinión más connotados; por la iglesia católica; por la avalancha de reportajes que descubrían aspectos dudosos en la conducta de Fujimori; por el Programa de Apoyo Social del FREDEMO, que repartía alimentos y realizaba obras a cambio de votos ("parecía ingrato decir que uno no iba a votar por MVLI"); los que pensaban votar por Fujimori temían decirlo, "pero no renunciaban a su voto". No advirtió que esos son mecanismos típicos de defensa en situaciones dictatoriales, pero también coloniales; un ejemplo de lo que Scott (1986) denomina "las armas de los débiles".

Quisiera terminar esta primera parte refiriéndome a un producto característico de la "modernidad tradicionalista": el *pituco*. Si bien el término se asocia fundamentalmente con los criollos blancos de clases altas, esa identificación no es total. La evolución del sentido de la palabra, y sus matices, dirían mucho sobre las relaciones interétnicas y de clase en el país. No todos los blancos adinerados son pitucos. Si se vinculan

17. En una entrevista concedida a *El País*, dos meses después de su derrota MVLI se quejó de una media docena de periódicos que hicieron campaña en su contra e incluso lo insultaron. Pero no precisó que, salvo *Página Libre* y *La República*, el resto eran hojas de poco prestigio y difusión. Tampoco habló de las principales estaciones de televisión y radio, que se pronunciaron abrumadoramente a su favor.

sin arrogancia con el resto, se les puede llamar afablemente "colorados"; si tienen aire intelectual, "maestro" o "profesor". Más recientemente tiende a expandirse el uso de pituco como sinónimo de "blanco", con lo cual adquiere connotaciones más unilateralmente raciales; lo mismo sucede cuando a alguien que no es blanco y pretende ser pituco, se le moteja "pituqueso". Pero en general, pituco se refiere más precisamente a los criollos que, además de ser adinerados, combinan en su conducta lo transnacional y lo aristocrático<sup>18</sup>. La admiración y familiaridad con el Primer Mundo, mezclada con la vieja arrogancia y prepotencia frente a las clases populares, especialmente de origen andino. Hablan inglés y compran en Miami pero no dejan de "cholar", muchas veces inconscientemente. Ser pituco es una de las formas de ser huachafo, que MVLl pasó por alto en su excelente artículo "Un champancito, hermanito" (*El Comercio*, 28.8.83). Si el significado que atribuyo a esa palabra es aproximadamente correcto, entonces resulta comprensible la reticencia del electorado a votar por una candidatura que aparecía demasiado pituca,

a

18. En la campaña fredemista por el voto preferencial, estos tres elementos aparecieron en abundancia. Señalemos sólo un ejemplo de cada uno de ellos:

a.. Componente aristocrático o "patricio". El candidato, con rostro de prócer decimonónico, es de Arequipa. En el spot, el número que lo ubica en la lista del FREDEMO es esculpido en un sillar: tradición, eternidad, blancura.

b. Componente "transnacional". El candidato es un joven yuppie de apellido alemán. En el spot aparece haciendo jogging en pantaloneta y se dirige al público para informarle que él es "lo nuevo" en política.

c. Componente clasista (riqueza). El candidato aparece manejando una niveladora, luego en una enorme fábrica. Anuncia que es empresario, cuenta que tuvo una infancia feliz y que construyó todo lo que vemos con su trabajo. Es un triunfador.

contracorriente del proceso democratizador que ha tenido jugar en el país en las últimas décadas ya estas alturas, además, no-nacional.<sup>19</sup>

19. También aquí podemos recurrir al lenguaje coloquial, pues conforme los pitucos van apareciendo más externos y extranjeros, el término va siendo reemplazado por "mister" y, en sectores más cercanos a la delincuencia, por "charlie", que era la forma despectiva y/o colérica con que los negros se referían a los blancos en EE.UU., al menos hasta la década de 1970 en que pasó a ser utilizada para referirse a los vietcong.

## SEGUNDA PARTE

### *¡Piruanos, carajo!*

"Amontonados al filo del barranco, en un angosto terraplén, semidesnudos, tan excitados como los perros que saltan, menean los rabos y ladran, los urakusas miran a los expedicionarios, los señalan, cuchichean. Mezclado a los olores del río, la tierra y los árboles, hay ahora un olor a carne humana, a pieles tatuadas con achiote. Los urakusas se golpean los brazos, los pechos, rítmicamente y, de pronto, un hombre cruza la polvorienta barrera, ése era mi capitán, ese, y avanza macizo y enérgico hacia la ribera. Los demás lo siguen y Julio Reátegui que era el Gobernador de Santa María de Nieva, intérprete, que venía a hablar con él. Un soldado se adelanta, gruñe y acciona con desenvoltura, los urakusas se detienen. El hombre macizo asiente, describe con la mano un trazo lento, circular, indicando a los expedicionarios que se aproximen, éstos lo hacen y Julio Reátegui: ¿Jum de Urakusa? El hombre macizo abre los brazos, ¡Jum!, toma aire: ¡piruanos! El capitán y los soldados se miran, Julio Reátegui asiente, da otro paso hacia Jum, ambos quedan a un metro de distancia. Sin prisa, sus ojos tranquilamente posadas en el ura

kusa, Julio Reátegui libera la linterna que cuelga de su cinturón, la sujeta con todo el puño, la eleva despacio, Jum extiende la mano para recibirla, Reátegui golpea: gritos, carreras, polvo que lo cubre todo, la estentórea voz del capitán. Entre los aullidos y los nubarrones, cuerpos verdes y ocres circulan, caen, se levantan y como un pájaro plateado, la linterna golpea una vez, dos, tres. Luego el aire despeja la playa, desvanece la humareda, se lleva los gritos. Los soldados están desplegados en círculo, sus fusiles apuntan a un cienpiés de urakusas adheridos, aferrados, trenzados unos a otros. Una chiquilla solloza abrazada a las piernas de Jum y éste se tapa la cara, por entre sus dedos sus ojos espían a los soldados, a Reátegui, al capitán, y la herida de su frente a comenzado a sangrar. El capitán Quiroga hace danzar su revólver en un dedo, gobernador, ¿había oído lo que les gritó? ¿Piruanos querría decir peruanos, no? Y Julio Reátegui se imaginaba donde oyó esa palabreja este sujeto, capitán..." (pp. 138-9)

Una de las historias que cuenta *La Casa Verde* es la de los aguarunas de Urakusa. Con el ligero impulso de un par de maestros, pronto acusados de comunistas, ellos organizan una cooperativa para vender directamente el caucho y otros productos, escapando de las garras de los intermediarios. La respuesta de los mercantilistas locales no se hace esperar. Una expedición punitiva se organiza y ataca a traición a los aguarunas. Jum, el cacique, es hecho prisionero y llevado a Santa María de Nieva. En la plaza del pueblo permanece todo el día colgado de unas capiranas como escarmiento para los nativos, lo azotan

y finalmente le queman las axilas con huevos calientes. Colgado como un Cristo, Jum sigue repitiendo terca, incansablemente, dos palabras: "¡piruanos! ¡carajo!". Las seguirá repitiendo hasta el final de la novela -porque Jum sobrevive - cada vez que regresa al puesto policial o a la guarnición militar, a reclamar el caucho, las pieles, la hija y *los silabarios* que le habían quitado: en otras palabras, a reclamar, de manera incipiente, pero no infantil ni adolescente, derechos ciudadanos. ¡Piruanos! Esa palabra, que para él aparecía casi como una fórmula mágica destinada a provocar el reconocimiento y la solidaridad de sus interlocutores, sólo produce el asombro y/o la burla de los "civilizados", que la toman como exotismo de un pagano peculiar.

\* \* \* \*

## **Fujimori: etnicidad, modernidad y ciudadanía**

A la cabeza de una agrupación minúscula, con un plan de gobierno improvisado, elaborado por un equipo de asesores recluta dos después de su sorpresivo segundo lugar en la primera vuelta, Fujimori fue indudablemente creación de sus electores. ¿Quiénes eran? ¿Por qué lo eligieron?

Especialmente en las últimas décadas, el capitalismo dependiente avanzó en el país profundizando y/o redefiniendo las diferencias entre ricos y pobres, entre Lima y provincias, entre costa y sierra, y entre criollos por un lado, y cholos e indios por otro. El candidato de Cambio 90 se ubicó en el nudo de esas importantes contradicciones y acabó recogiendo el apoyo de aquellos situados en las cercanías del polo: pobres-provincias-campo-Andes-cholos e indios. Si sumamos la masiva presencia de los evangélicos, tenemos entre los votantes por Cambio 90 a todos los excluidos (no necesariamente marginales) por los diferentes mercantilismos.

### *1. El factor étnico*

La votación por Fujimori puede decirnos, pues, mucho sobre el perfil de los sectores populares en el Perú actual. Si bien las razones que explican su triunfo son múltiples, queremos referirnos aquí al factor étnico-cultural. Basta ver la distribución del voto por Cambio 90 para entender por qué. Fernando Rospigliosi (1990) ha elaborado un cuadro donde aparece la votación desagregada de acuerdo al *Mapa de la Pobreza* publicado por el Banco Central de Reserva, que ubica en el estrato A a los departamentos más pobres y en el D a los menos pobres. Es muy claro que la ventaja de Fujimori crece conforme



avanzamos hacia los departamentos del estrato A, donde obtiene 59.8% vs. 21.1% de Vargas Llosa (gráfico 3).

Para introducir la variable étnica hemos añadido una quinta agrupación: los departamentos de lo que anteriormente se denominaba con desprecio racista la "mancha india" y hoy, con neutralidad geométrica, "trapecio andino". Se trata de Huancavelica, Ayacucho, Apurímac, Cusco y Puno, que concentran el mayor porcentaje de población quechua y aynara del país y se encuentran, excepto Cusco, entre los más golpeados por la violencia terrorista. Como se ve (gráfico 3), allí la diferencia entre Fujimori y Vargas Llosa se hace todavía más extrema: 67% vs. 14%. Los votos nulos y blancos sumaron en esos departamentos 19%. Si se tiene en cuenta que las elecciones municipales de noviembre de 1989 tuvieron que ser anuladas en Ayacucho porque más de los dos tercios de los votos emitidos eran nulos o blancos; y que en la primera vuelta del 8 de abril esos votos fluctuaron en el trapecio andino entre el 22.5% y el 41.3%, podemos calibrar el entusiasmo que la opción Fujimori despertó en esos sectores<sup>20</sup>.

La presencia del factor étnico es una constante muchas veces descuidada en nuestra historia y nuestra vida política. Durante la Colonia y hasta la primera mitad del presente siglo, las poblaciones andinas y amazónicas aparecen subordinadas y/o excluidas políticamente, por españoles primero y por criollos y *mistis* después; además,

20. Creemos que entre los distritos más pobres de Lima Metropolitana, Fujimori obtuvo mayor votación en aquellos donde se concentran los migrantes andinos, y menor en aquellos otros donde predominan las poblaciones criollo-populares. Hasta el momento (diciembre de 1990) el Jurado Nacional de Elecciones no proporciona datos desagregados a nivel distrital, por lo cual no podemos verificar esta apreciación con cifras.

su propia identidad étnica resulta cada vez más fragmentada. En efecto, durante la conquista fue decapitada la elite imperial, pero subsistieron las etnias intermedias (curacazgos, reinos, señoríos) que habían conformado el Tawantinsuyu y, con ellas, una capa de curacas y principales que en el S.XVIII desarrollaron lo que Rowe (1955) llamó el "movimiento nacional inca". Sin embargo, a lo largo de los siglos también esas etnias y sus capas dirigentes resultaron erosionadas, especialmente en el período que va desde la derrota de Túpac Amaru hasta la gran expansión latifundista de fines del S.XIX y principios del s.xx. Para entonces, como último baluarte de esa identidad "andina" quedaba sólo la asediada comunidad indígena.

Esa dramática atomización produjo dos resultados muy importantes. Por un lado, "indio" se fue convirtiendo en sinónimo de "campesino pobre" y casi siempre de "siervo" (véase: Spalding 1974, López 1980). Esto explica por qué en el Perú nadie o muy pocos quieren ser identificados como "indios". Los siervos en rebeldía o los migrantes a las grandes ciudades, buscan por el contrario deshacerse de esa etiqueta que los coloca en inferioridad de condiciones. Y esto se relaciona con el segundo resultado. La conversión de una sociedad compleja en una mera capa social rural hace que cuando sus miembros dejan de ser siervos/campesinos pobres, no encuentran dentro de su propia cultura referentes para asumir sus nuevos roles. Un campesino, digamos chino (Han) o irlandés, que migra a la ciudad, comparte al menos parcialmente lengua y cultura con los chinos o irlandeses urbanos. En nuestro país es el vacío; o en todo caso un abismo ensanchado por el racismo y la distancia lingüística y cultural todavía existente -hablamos de la primera mitad

del siglo- entre el mundo quechua, aymara o amazónico y el criollo-mestizo.

En un primer momento fue la vergüenza, el abandono de vestimenta y lengua para pasar al menos por mestizo. Por un momento se creyó que el resultado final de un tal proceso sería la "aculturación", concepto antropológico complejo y muy matizado, en cuyo fondo, sin embargo, subyace siempre la idea de asimilación cultural y/o "integración nacional". Para los antropólogos norteamericanos, la aculturación era el tránsito de la cultura "folk" a la cultura urbana, de lo indígena-local a lo occidental-universal. Para los antropólogos mexicanos que trabajaban para el Estado, se trataba de la asimilación de los indígenas dentro de la cultura nacional-mestiza, considerada superior. En ambos casos, en ese tránsito "los pueblos subordinados" (Aguirre Beltrán 1958:105) perdían sus características iniciales para asumir las del polo ideal: occidental-moderno o nacional-mestizo.

Pero lo que se produjo en el Perú fue, por el contrario, un proceso más complejo, donde si bien se pierden muchos rasgos previos, la resultante es lo que diferentes autores han denominado "proceso de cholificación" (véase por ejemplo: Quijano 1964, Franco 1985) o, más precisamente, la afirmación de nuevas identidades - ya no indias pero tampoco criollas o *mistis* - en las que se entrelazan elementos étnicos, regionales, clasistas y ciudadanos<sup>21</sup>. Al menos en cierta medida, y en sus picos más altos, estos procesos se contraponen a la aculturación y permiten pensar

21. El concepto "cholificación" pone todavía demasiado énfasis en la homogeneización de las poblaciones andinas que, si bien avanza, no llega a anular las especificidades étnico-regionales o locales, que en parte persisten a través de clubes provincianos, fiestas, celebraciones religiosas, redes de parentesco y de gestión económica (véase, por ejemplo, Golte y Adams 1986).

en su opuesto: una articulación nacional que respete la pluralidad étnico-cultural y lingüística; o modernidades alternativas, no necesariamente equivalentes al patrón noratlántico dominante. Sintonizando una frecuencia similar, Arguedas habló de un Perú de "todas las sangres", "donde cualquier hombre no engrilletado y embrutecido por el egoísmo pueda vivir, feliz, todas las patrias" (1983:236).

Esta, que puede entenderse como una espectacular recuperación, tiene que ver a mi entender con lo que en otro trabajo (Degregori 1986) he denominado el tránsito del mito de Inkarrí al "mito" del progreso. Durante el período de fragmentación y repliegue se fueron configurando mecanismos de resistencia ideológica, el principal de los cuales está sintetizado en las múltiples versiones del mito de Inkarrí: la esperanza en el regreso a los tiempos idealizados del Inka, expresión de una identidad no sólo fragmentaria y replegada sobre sí misma (excluyente), sino orientada hacia el pasado. Sin embargo, a partir de principios de siglo y con más fuerza desde la década de 1950, el avance del mercado, el Estado y los medios de comunicación van transformando las condiciones objetivas de existencia de esas poblaciones, y también su visión del mundo. El "mito del progreso", difundido inconsecuentemente por las elites criollas ya desde el S.XIX, comienza a ser recogido y reelaborado por esas poblaciones que dejan de mirar hacia el pasado y se lanzan con una vitalidad insospechada a la conquista del futuro y del progreso. El proceso de fragmentación comienza a revertirse a través de la conformación de redes sociales que trascienden los límites de las comunidades. Parentesco y paisanaje, por un lado; federaciones, asociaciones, sindicatos, por otro. Ese tejido se va anudando y fortaleciendo en una larga marcha

que tiene como hitos principales los movimientos sociales por tierra, educación, trabajo, vivienda, derechos ciudadanos.

En las condiciones del país, la lucha por necesidades materiales se entrelaza y resulta al mismo tiempo lucha por derechos ciudadanos. Esta resulta uno de los hilos conductores para entender el proceso de las poblaciones andinas en el Perú contemporáneo. Jum, nuevamente, podría ser un ejemplo. Los siervos quieren ser ciudadanos, lo cual no implica que renuncien necesariamente a su identidad étnica. Por el contrario:

"se trata de reivindicar la pertenencia étnica desde una ciudadanía política conquistada, que iguala a los integrantes de una sociedad y no a la inversa. Es decir, sólo desde esa igualdad política conquistada el hombre puede reivindicar su condición de diferente (no de desigual)." (Adrianzén 1990).

Eso es a nuestro entender lo que comienza a suceder en el país en las últimas décadas y transforma en buena medida las relaciones interétnicas. Pero los avances no son lineales y, en medio de la crisis y la violencia de los años 80, las cabeceras de playa conquistadas en las décadas previas se vuelven cada vez más precarias. Así en 1987 una oleada de pánico asoló Ayacucho. Era el regreso de los *pishtacos*, personajes míticos que volvían a asesinar pobladores para sacarles la grasa que sería vendida al extranjero: para pagar la deuda externa según algunas versiones, para hacer funcionar los traspordadores espaciales, según otras (véase: Ansión 1989). Hacia fines de 1988, poco después del "paquetazo" de setiembre de ese año que dio inicio a la hiperinflación, una variante de ese mito estremeció Lima: los *socaojos*, médicos que raptaban niños

para extraerles los ojos y venderlos en el extranjero para trasplantes (véase: Portocarrero 1990). Tanto *pishtacos* como *sacajojos* era blancos, de aspecto extranjero. En Ayacucho, en pleno pánico, el no hablar quechua le costó la vida a un comerciante mestizo foráneo (véase: Degregori 1989b). Era el repliegue totalmente defensivo sobre lo étnico entendido como identidad fragmentaria y excluyente, el desgarramiento de los tejidos nacionales y clasistas<sup>22</sup>.

Mientras esto sucedía, en medio de la crisis general del país revivió durante la década pasada un debate sobre las relaciones de las poblaciones andinas contemporáneas con Occidente y la modernidad. Una corriente, que tuvo importante acogida en la izquierda, afirmaba que: "El Perú de fines de los años ochenta vive en medio de un nuevo enfrentamiento entre el mundo andino y occidente que, en este caso, equivale a modernidad, capitalismo, progreso" (Flores Galindo 1987). Hoy, epígonos de esa corriente tienden a explorar la etnicidad popular como un discurso reprimido, que se vive a nivel principalmente inconsciente y que, en las circunstancias dramáticas que vive el país, despliega su presencia negada en forma de pesadillas o fantasmas coloniales (Manrique 1990). Los episodios de *pishtacos* y *sacajojos* resultan ejemplos privilegiados para esta línea

22. Adrianzén (1990) nota cómo en la última década en Ecuador y Bolivia reaparece también la etnicidad como identidad fragmentaria y excluyente, no sustentada en una ciudadanía previamente conquistada, precisamente cuando la modernidad y la modernización se frustran o se truncan y cuando el discurso populista se agota en esos países. Pero allí no se trata de oleadas de pánico sino más bien de lo que podríamos llamar un repliegue político tras líneas étnicas, cuyas perspectivas son en todo caso ambiguas, pues puede dar lugar a nuevas formas de hacer política y de construir nación, pero podría bloquear también la consolidación de formas de modernidad y de derecho universalistas, democráticas.

de análisis. Sin embargo, si bien revelan los efectos corrosivos de la crisis, estos siguen siendo episodios esporádicos que se producen en coyunturas de crisis extremas, e incluso entonces, sólo cuando una constelación de circunstancias adversas cuaja en oleadas de pánico<sup>23</sup>.

Los resultados de las elecciones indicarían, por contraste, que a pesar de la crisis y la violencia, en el nivel consciente y la vida cotidiana, en el caso peruano el reclamo por ciudadanía y la expresión de la etnicidad como diferencia, siguen siendo las tendencias principales. Y en ese reclamo terco por ciudadanía, la dimensión étnica aparece como otro tipo de resistencia. No la resistencia entendida como cerrazón de las poblaciones andinas sobre sí mismas y/o como rechazo a Occidente y la modernidad, sino como:

a) *Apropiación de los instrumentos de dominación del adversario, o su universalización.* Si antes fue la lucha por la generalización del castellano, la lectura y la escritura para evitar "cojudeadas en regla" como la que creen hacerle los policías a Jum cuando va a reclamar su silabario (*La Casa Verde*, p.205), en la reciente coyuntura electoral lo que parecía en disputa era la defensa de los derechos ciudadanos, la condición misma de peruanos.

b) *Rechazo, sí, pero a los criollos dominantes* que aparecen más bien - al menos en su versión fredemista, variante *Libertad 1990* - como uno de los principales obstáculos que bloquearon largamente su acceso a educación, ciudadanía, etc., es decir, a lo mejor de Occidente y la modernidad.

23. Pánicos anteriores se produjeron a principios de la década de 1970 en Ancash, en relación con los trastornos producidos por la Reforma Agraria; y hacia mediados de los años 50, en Lima, en relación con la masificación de la migración andina a la capital. Debo estas referencias a Jaime Urrutia.

No es que las elecciones basten por sí solas para comprobar estas hipótesis, pero introducen elementos importantes en el debate. Para ilustrarlo, regresemos al momento en que se inició el avance arrollador de Fujimori. Fue cuando el candidato del APRA desplazó del segundo lugar en las encuestas a Alfonso Barrantes, de la Izquierda Socialista. Para los sectores no apristas ni fredemistas, hasta entonces apáticos o resignados, tener que elegir entre MVLI y el APRA parece haber resultado insoportable. Se lanzaron entonces en busca de una alternativa. Desgastadas las izquierdas, la búsqueda se concentró en los candidatos chicos. Entre ellos había varios fragmentos de arqueología política y dos debutantes: el ingeniero Fujimori y el profeta Ezequiel Ataucusi Gamonal, patriarca de la Iglesia Israelita del Nuevo Pacto Universal, que postulaba a la cabeza del Frente Popular Agrario del Perú (FREPOP).

Si el sentir mayoritario de las poblaciones andinas hubiera tendido predominantemente a la exclusión, o al rechazo frontal a Occidente y la modernidad, como sucede por ejemplo con el fundamentalismo islámico, existían diferentes maneras de expresarlo: Sendero Luminoso, la abstención o el FREPOP, conformado exclusivamente por migrantes andinos y por campesinos, que se visten a la manera de los hebreos del Antiguo Testamento y creen que el paraíso está en la selva central, donde promueven el establecimiento de comunas (Granados 1987). Sin embargo, el FREPOP obtuvo sólo el 0.89% de votos. Si, por el contrario, hubieran sido aculturados o ansiosos de aculturación, hubieran votado sin duda por Vargas Llosa y sus listas parlamentarias.

La mayoría de origen andino se inclinó sin embargo por otra persona, también vinculada al



agro: un ingeniero agrónomo, que desarrolló su campaña electoral en un tractor (Fujimóvil) y tuvo como slogan: "honradez, tecnología y trabajo". Fujimori era, además, *migrante*. Según Carlos Franco (1990), la migración es la experiencia más importante en la vida de la mayoría de peruanos adultos. Para muchos de los migrantes no se trató de un simple traslado del campo a la ciudad, sino de una suerte de inmigración a otro país por construir, al "Perú promesa y posibilidad" que hasta hace pocas décadas era para ellos un "mundo ancho y ajeno", como reza el título de la novela de Ciro Alegría. Allí llegan, desde la comunidad de Rumi, desde Urakusa, desde Cahuachi (Nasca) o desde Kawachi (Japón). Por eso, quien quiso descalificar a Fujimori porque su madre no hablaba castellano, no advirtió que la mayoría de madres de los peruanos adultos no hablan castellano o lo hablan bastante mal, pues esta lengua recién se difunde masivamente en el país en los últimos 40 años<sup>24</sup>.

## 2. *Las varias modernidades*

El mensaje de MVLL, y más aún el de algunos de sus gonfaloneros, ofrecía, como se ve, una visión diametralmente opuesta a lo que ha sido la evolución de la mayoría de la población peruana en el último medio siglo. En la gran entrevista de *Expreso* le preguntan:

24. Como a través del túnel del tiempo, en las declaraciones del entonces senador Chirinos resonaban los ecos del viejo Riva Agüero, quien en su tesis universitaria afirmaba que nuestra literatura comenzaba con la Conquista, es decir, con la llegada del castellano. Esas concepciones fueron criticadas ya por los grandes nombres de la Generación de la Reforma. Para Mariátegui (1970b:121) ese tradicionalismo empequeñecía a la nación, reduciéndola a la población criolla o mestiza. Luis Alberto Sánchez llamó a actitudes similares "perricholismo".

"Cómo lograr una modernidad nuestra, peruana, cómo aprovechar el potencial de las comunidades campesinas, por ejemplo..."

Y el candidato contesta con sinceridad:

"Bueno, allí has tocado un tema sobre el que no tengo una respuesta, sólo una angustia. Creo que en un país como el Perú, nosotros tenemos la obligación moral de hacer todo lo posible para congeniar el desarrollo, la modernización de nuestro país, con la preservación de las culturas más débiles, que son culturas primitivas, algunas de ellas muy arcaicas... En términos éticos, nosotros no podemos aceptar que culturas como la quechua, la aymara o las pequeñas culturas amazónicas, que son culturas que vienen resistiendo la agresión de culturas más modernas de una manera tan heroica, desaparezcan... los antropólogos... tienen que diseñar unos modelos, unas formas que permitan por lo menos en lo esencial, preservar esas culturas" (*Expreso*, p.12)

La creciente articulación social y cultural entre sectores populares urbanos y rurales se ratificó en las recientes elecciones: en apenas dos semanas el aluvión fujimorista cubrió hasta el último rincón del país. Sin embargo MVLL, además de no distinguir entre las poblaciones quechuas y aymaras y las "pequeñas culturas amazónicas", cuya problemática es otra, no establecía ninguna conexión entre migrantes andinos en las ciudades y campesinos quechuas y aymaras. Los primeros son para él los informales, "que también pueden ser empresarios"; los segundos son "culturas dé-

biles, primitivas, arcaicas"<sup>25</sup>. A los primeros les ofrece el mercado; a los segundos "protección". A ninguno le ofrece ciudadanía. Pero Jum, hace ya décadas, no pedía ni necesitaba protección sino que le reconocieran sus derechos<sup>26</sup>.

Una encuesta de Portocarrero y Oliart (1989:131-2) en colegios secundarios estatales y particulares de Lima y provincias, muestra cómo han variado las imágenes del indio en el imaginario colectivo y cómo esta idea vargasllosiana del indio como persona débil y necesitada de protección, se encuentra en franco retroceso. En efecto, apenas un 2.9% de entrevistados responde que: "el indio es hipócrita y ocioso y muy difícilmente puede ser redimido". Pero sólo un 32.3% considera que: "el indio es un ser indefenso e ignorante al que hay que proteger"<sup>27</sup>, mientras que un 64.7% responde que "el indio es trabajador y puede valerse por sí mismo", en lo que parece un reconocimiento final a la terquedad de Jum y millones como él.

En el debate final con Fujimori los dos registros entre los que fluctúa MVLI se exacerban hasta la esquizofrenia. Los informales son "esos peruanos humildes, de los estratos más pobres

25. El enfatizar la desarticulación entre ciudad y campo, entre migrantes y campesinos andinos, sobredimensionando el aislamiento y el primitivismo de éstos últimos, tiene antecedentes en el pensamiento de Vargas Llosa, especialmente en su Informe sobre Uchuraccay.

26. Ya en 1927 Valcárcel reaccionaba contra posiciones similares de manera brutal:

"Siempre el gesto del señor para el esclavo, siempre el aire protector en el semblante de quien domina cinco siglos. Nunca el gesto severo de justicia... en femeniles espasmos de compasión y piedad para el pobrecito indio oprimido transcurre la vida y pasan las generaciones...." (Valcárcel1972:123-4).

27. A pesar de que se trata de una total coincidencia, no deja de ser curioso que el porcentaje coincida casi exactamente con la votación obtenida por MVLL en la gunda vuelta: 33.5%.

de la población, que han construido un capitalismo popular" (*Página Libre* 4.6.90:10). Pero de la cultura andina se rescata básicamente el folclor, lo turístico:

"Tenemos un país antiguo, como decía Arguedas, con una cultura milenaria, con expresiones maravillosas de esa cultura que se desaprovechan, que podríamos mostrar al mundo, que podríamos promover, fomentar nuestra música, nuestro baile, nuestro riquísimo folclore, nuestro acervo arqueológico, monumental" (ibíd.:9).

Cierto que en seguida amplia sus miras y añade que hay que promover "la cultura quechua, aymara", acusa a Fujimori de "agitar una división racial, étnica en el país", y afirma que deberíamos sentirnos orgullosos de ser "una especie de encrucijada de todas las culturas": "un Perú que es tanto de los blancos como de los negros, como de los cholos, como de los chinos, como de todos aquellos que hayan nacido aquí" (ibid.: 10). Pero el tono que predomina es el del elogio de la madrastra europea y el rechazo de nacionalismos económicos (ibíd.:12) o educativos (ibíd.:p.8).

Por cierto que un debate de cierre de campaña no es lugar para exigir coherencia teórica, pero hay que recordar el carácter altamente ideologizado de la campaña fredemista y la insistencia de MVLI en la solidez de su plan de gobierno, de su equipo y su mensaje en comparación con los de su adversario. Ciertos matices de su discurso de ese día se deben también a que el debate final era el momento en que MVLI se jugaba el todo por el todo. Había venido remontando en las encuestas hasta casi emparejar a su adversario. Era el momento de las concesiones.

Por eso, tal vez, su defensa cerrada de la Iglesia Católica (véase Primera Parte), su alusión *por primera vez en la campaña* al pluralismo cultural e incluso su mención a Arguedas, cuyo nacionalismo e indigenismo lo ubican en las antípodas de MVLI y de quien éste ha tomado explícitamente distancias<sup>28</sup>. Días después, en su mensaje final al país la noche de cierre de campaña (8.6.90), MVLI haría la concesión final, mencionando por primera y única vez la posibilidad de un acuerdo nacional.

Las alusiones a Arguedas y al pluralismo étnico-cultural, muestran también que MVLL había sentido la pegada de la contracampaña de Fujimori cuando éste, amoscado por el racismo que afloraba por diversos flancos del FREDEMO, verbalizó lo que hasta ese momento era un teatro de sombras, y planteó el enfrentamiento entre "blanquitos" por un lado y "chinitos y cholitos" por otro, para escándalo de los fredemistas.

Pero en Arguedas puede estar una de las claves para entender el callejón sin salida en que desembocó la candidatura de Vargas Llosa. Porque Arguedas no sólo decía que teníamos un país antiguo. Así por ejemplo, en el discurso de agradecimiento por el premio "Inca Garcilaso de la Vega", sintomáticamente titulado "No soy un aculturado" (1968), se define como un "individuo quechua moderno", sujeto que en el esquema de MVLI resulta un imposible, la cuadratura del círculo, pero que tal vez hubiera sido del agrado, cambiando quechua por aguaruna, de Jum de Urakusa.

No trataremos de dilucidar aquí las vicisitudes de la identidad quechua, si aquellos que votaron por Fujimori se definirían como quechuas

28. Véase, por ejemplo, su artículo: Arguedas, la utopía arcaica (1986).

o aymaras, si en esa especie de magma confuso que es hoy lo étnico en el Perú vienen forjándose individuos "que orgullosamente, como un demonio feliz, hablen en cristiano y en indio, en español y en quechua" (Arguedas *ibíd.*:10). Basta constatar que Vargas Llosa-candidato transitó a años luz de distancia de los caminos de las mayorías, más cercanos a pesar de todo del ideal arguediano, tanto en su expresión positiva - individuo quechua moderno- como en su definición por negación: no soy un aculturado.

A nivel de plan de gobierno MVLI aparecía, pues, renovador y coherente, lo cual no significa necesariamente acertado. Pero a nivel de imagen, entendiendo imagen no sólo como envoltura comercial sino como parte del "imaginario"; a nivel de imaginario, que puede resultar mucho más decisivo, MVLI aparecía con la peor combinación: tradicionalista-extranjero; mientras Fujimori acertaba con la combinación ganadora: moderno-nacional. Por una alquimia perversa, el espíritu económico renovador de MVLI y Libertad quedó encarnado en la blanca figura de un patricio oligárquico; mientras que por las vicisitudes de la historia del Perú y quién sabe en qué medida por lo que Basadre hubiera llamado "el azar en la historia", Fujimori pasó a encarnar al "cholo emergente" en su variante "chino de la esquina". Porque si algo demostraron los resultados electorales fue que niseis y tusanes, al margen de cómo ellos se autoperciban dentro de la estratificación étnica del país, se encuentran más cerca del imaginario popular, diría que tanto andino como costeño, que los criollos en su versión pituca<sup>29</sup>.

29. Entre otras cosas por su origen humilde, coolies o enganchados, luego por su residencia en barrios populares urbanos, su espíritu trabajador y su condición racial,

Si hacia el final de la campaña MVLI comienza a aparecer arrinconado es, entre otras causas, porque comete el error monumental de plantear la contradicción entre modernos vs. arcaicos, allí donde lo que existen son varios caminos a la modernidad, y por plantearlo estando ubicado en uno de los caminos cuyo prestigio decrece conforme nos alejamos del entorno de la nueva burguesía criolla pituca.

Así por ejemplo, algo que puede haber contribuido a ubicar a MVLI en el rincón tradicionalista es, sorprendentemente, su profesión. El FREDEMO jugó mucho a la imagen del escritor moderno y triunfador de fama mundial. Pero tal vez así como para Vargas Llosa un individuo quechua moderno resulta tan imposible como un unicornio, así para las poblaciones de origen andino un "escritor moderno" sea un imposible, si se asocia modernidad principalmente con tractores, fertilizantes, camiones, computadoras, satélites, *ingenieros*; y si se asocia escritor, como ha estado asociado largo tiempo en nuestra historia, con los *literati* de Weber, los que manejaban los secretos de la palabra escrita, parte de un sistema de dominación señorial estamental y patrimonialista, que los ha oprimido y humillado durante tantos siglos<sup>30</sup>.

Por otro lado, la forma cómo MVLI planteaba el enfrentamiento entre modernos y arcaicos

no-blancos, que los hacía y todavía los hace objeto de discriminación.

30. Angel Rama, por ejemplo, caracteriza a las ciudades hispanoamericanas como "ciudades letradas", es decir como:

"un conjunto de religiosos, administradores, profesionales, escritores y demás servidores intelectuales que manejan la escritura (y que) tuvo en América Latina desde los orígenes una dimensión desmesurada dentro de la totalidad ciudadana, la que subrepticamente ha seguido conservando a través de la posterior laicización modernizadora" (citado en: Adrianzén 1987:22).

correspondía a una suerte de evolucionismo unilineal, que ubicaba implícitamente al candidato en un estadio superior (moderno) y a quienes por diferentes razones se oponían a votar por él, en otro inferior (primitivo). De esta forma, sin querer queriendo, Vargas Llosa introdujo el tema de la *superioridad* en un escenario en el cual millones de peruanos venían pugnando desde hacía décadas por su *reconocimiento como iguales*. También aquí, los rezagos oligárquicos acabaron tiñendo la propuesta vargasllosiana. Los viejos estamentos que estratificaban al Perú en criollos, *mistis* e indios, reaparecían de alguna manera transformados en la división modernos/ primitivos.

Como respuesta directa a la arrogancia evolucionista de MVLI, Fujimori enarboló un slogan sumamente audaz: "un presidente como tú". Que dicho lema en labios de un nisei haya sido tomado como algo natural e incluso recibido favorablemente, muestra cuánto ha cambiado el Perú y la autopercepción de los peruanos. Por lo demás, el slogan era en cierta medida continuación de otros igualmente exitosos: "un presidente de todos los peruanos" levantado por Alan García en 1985; o la constante referencia de Barrantes, rayana en la mojigatería, a su origen provinciano y a su condición de "humilde militante de base". Gustavo Gorriti (1990:34) recuerda por su parte cómo en la campaña de 1980 era la propaganda de Belaunde la que "hablaba de lampas, de trabajo simple pero sano, de paisajes agrestes memoriosamente presentados y visitados por el arquitecto", mientras que la del APRA "presentaba la figura de jóvenes más o menos rubios, con un inquietante brillo fanático en la mirada... que marchaban hacia un futuro implícitamente feroz". Triunfó Belaunde.



En la propuesta de MVLI, más aún, escalar al estadio superior implicaba llegar a ser como "los países europeos, que son los países libres, como en el que quiero convertir al Perú" (*Página Libre*, p.5). Aparte del paternalismo que la frase exhuda, subyace en ella la idea de dejar de ser lo que se es como requisito para ascender al estadio superior. La propuesta "Perú país europeo" llega cuando tal vez por primera vez en nuestra historia se hace realidad en alguna medida lo que Basadre quería ver a lo largo de la república: el Perú como identidad de multitudes. El habla de:

"Las multitudes (que) soñaron, se agitaron, se sacrificaron, gozaron y murieron por el (Perú) tiñendo para siempre con su aliento las fechas decisivas del 28 de julio de 1821, del 2 de mayo de 1866, y de febrero de 1879 a octubre de 1883; y en las grandes rebeliones populares de 1854, de 1865 y de 1895 que conmovieron de un extremo a otro al país; no hubo tan sólo el afán de cambiar un gobierno por otro gobierno sino la esperanza inmensa en una profunda transformación nacional" (1929:246).

En esos episodios se trata, sin embargo, de multitudes fundamentalmente criollas y mestizas urbanas. Entre las décadas de 1950 y 1980 son la abrumadora mayoría de habitantes los que sueñan, se agitan y conmueven el país albergando la esperanza de una profunda transformación. En ese proceso adquieren una o muchas ideas de lo que es el Perú y se sienten tal vez por primera vez peruanos. Identifican, además, al Imperio Incaico, devaluado en la visión de MVLL por totalitario, como la etapa más feliz de la historia del Perú. En la mencionada encuesta de Portocarrero y Oliart, un 84.1% de jóvenes señala al

incario comó la etapa más feliz de nuestra historia. Sólo un 2.8% al virreinato y un 13.2% a la república (1989:138). Los resultados muestran cómo la tradición es "viva y móvil", pues hace medio siglo otros hubieran sido los resultados de una semejante encuesta. Muestran, además, lo devaluado que está el componente virreinal/colonial de nuestra tradición, asociado con lo criollo, y lo prestigiado que se encuentra el componente andino<sup>31</sup>, identificado por MVLI con lo primitivo y en buena medida con lo totalitario.

En efecto, en su afán de enfatizar el valor de la libertad entendida como "círculo de inmunidad", MVLI plantea como contradicción fundamental la oposición entre esa libertad y una tradición muy antigua de totalitarismo. En el Perú contemporáneo, las tendencias totalitarias estarían representadas por el aprismo, el velasquismo y el marxismo. Para encontrar las raíces de esa propensión totalitaria, MVLI retrocede hasta el Imperio Incaico, civilización "despersonalizadora, destructora del libre albedrío y de la vida privada", cuya "perfección social fue la de la colmena o el hormiguero" (MVLI 1986:28). Sin ánimo de idealizar en absoluto el incario, no vale la pena siquiera discutir las opiniones deplorablemente maniqueas y ahistóricas de MVLI sobre dicho período. Lo interesante aquí es cons

31. Caben dos precisiones. Por un lado, si se ve el contexto global de la encuesta, la revaloración de la época incaica no se inscribe dentro de un sentimiento pasadista sino uno bastante orientado hacia el futuro. Por otro, la imagen del virreinato no está asociada sin embargo a ninguna "leyenda negra", sino a una evaluación bastante matizada y ponderada: para un 37% la época colonial "representa el inicio del mestizaje y de la creación de la nacionalidad peruana"; para un 42.8%, dicha época "introduce una jerarquización social y cultural que obstaculizaría el nacimiento y desarrollo de la nacionalidad peruana"; para el 20.2%, las dos respuestas anteriores tienen aspectos verdaderos (ibíd.:139).

tatar cómo su propuesta política no surge de la tradición para renovada, sino que constituye una combinación perdedora. Por un lado, niega o subvalora los aspectos (andinos) de esa tradición, que una mayoría de la población viene reelaborando; por otro, exhibe como congelados en el tiempo otros aspectos (oligárquicos), que vienen siendo dejados cada vez más de lado.

Un anuncio de este punto ciego en la visión del Perú que hoy exhibe MVLI se encuentra en su prólogo a *El otro sendero*, donde saluda a los informales como puntales en la lucha por la libertad económica contra el mercantilismo y el estatismo, pero *no dice una sola palabra en que los reconozca como portadores de cultura y constructores de nación*.

Antes totalitarios, hoy débiles y necesitados de protección. El nuevo Perú que insurge y revalora las tradiciones andinas, que adquiere confianza en sí mismo y en la posibilidad de encontrar un camino propio a la modernidad, no podía identificarse con el candidato portador de ese mensaje. Porque a pesar de "que en la década de 1980 se profundizan la crisis, el derrotismo y las ansias masivas de largarse, la memoria del período anterior estaba todavía muy fresca.

### 3. *Un pueblo en busca de una representación política*

Si bien "la revolución se encuentra contenida en la tradición" (Mariátegui 1970b:122), no lo está en *toda* la tradición. MVLI recoge sus aspectos más regresivos (coloniales) y subestima o no comprende los progresivos. Y el lado progresivo de esa tradición incluye el nacionalismo<sup>32</sup>. Por

32. Nacionalismo que ha resultado muy útil, por lo demás, a los adalides asiáticos del neoliberalismo económico: Japón, Corea, Taiwán, principalmente.

que democratización y construcción nacional han sido la mayor parte del tiempo en el Perú procesos no sólo paralelos sino íntimamente entrelazados. A esa historia pertenecen el APRA "auroral", y también el primer Belaunde candidato entre 1956 y 1963 y presidente en sus primeros 100 días. El Belaunde de "la conquista del Perú por los peruanos" o "el Perú como doctrina", de las promesas de Reforma Agraria y nacionalización del petróleo. Y pertenece, desde luego, el gobierno de Velasco, que a pesar de su signo autoritario abrió las puertas de la integración *política* al último gran segmento mayoritario, andino. La frustración de la experiencia velasquista dejó a ese segmento sin representación. A partir de 1978, los que a través de los grandes movimientos sociales de 1958-1978 conquistaron un grado de democratización social nunca antes alcanzado en el país, quedaron en busca de una representación política y consolidación de su ciudadanía.

En ese sentido, Fujimori no es el primer sino el tercer *tsunami* del Perú postoligárquico. El primero estuvo conformado por los candidatos de izquierda a la Asamblea Constituyente de 1978, entre los que destacó nítidamente Hugo Blanco. En esas elecciones el ex-guerrillero obtuvo la tercera votación después del líder histórico del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre, y de Luis Bedoya Reyes del PPC<sup>33</sup>. Es que, diluidos y borrosos los perfiles iniciales del APRA y Belaunde, los mencionados sectores se acercaron a la izquierda, que había acompañado su

33. Haya obtuvo 1'038,516 votos preferenciales, contra 644,131 de Bedoya y 286,885 de Blanco (Tuesta 1987). La alta votación de Bedoya se explica por la abstención en esos comicios de Acción Popular y su líder histórico, Fernando Belaunde.

travesía las dos décadas previas<sup>34</sup>. Era, además, el momento en el cual las clases aparecían más perfiladas, movilizadas en una lucha antidictatorial que se enlazaba con la larga movilización antioligárquica previa, ambas privilegiando la confrontación; acompañadas por una izquierda joven, que vivía su momento más radical.

Cinco años más tarde, en 1983, Alfonso Barrantes ganó la alcaldía de Lima para Izquierda Unida. La crisis comenzaba a desdibujar y erosionar las identidades intermedias. Ser obrero se volvía algo cada vez más relativo; en provincias, los frentes de defensa tendían a adormecerse conforme se activaban los gobiernos locales; en el campo, las federaciones formadas alrededor de la lucha por la tierra cedían parte de su protagonismo a las organizaciones de productores; en las ciudades, surgían las llamadas organizaciones de supervivencia, movilizadas ya no en la lucha antidictatorial o la confrontación. Barrantes representó ese segundo momento, su socialismo moderado parecía sintonizar con el ánimo mayoritario; su victoria en 1985 parecía inminente. Sin embargo, Alan García se hizo del triunfo: a la cabeza del partido más organizado del país, aprovechó el desdibujamiento social para llevar el populismo hasta su consumación en la segunda hiperinflación más larga de la historia mundial.

Como ya ha sido señalado varias veces, lo que une a Blanco y Barrantes, entre otras cosas, es

34. Como se sabe, la izquierda saltó del 3.6% en las elecciones presidenciales de 1962 al 29.4% en la votación para la Asamblea Constituyente de 1978. Atomizada en seis o siete candidaturas, cayó al 14.35% en las presidenciales de 1980. Sin embargo, una vez conformada Izquierda Unida en setiembre de 1980, mantuvo una votación consistente -23.9% en las municipales de 1980, 28.8% en las municipales de 1983, 24.7% en las presidenciales de 1985 y 30.8% en las municipales de 1986 - hasta su nueva división en 1989 (Tuesta 1987).

su procedencia provinciana y su base social mayoritariamente andina, así como su incapacidad de recoger la demanda ciudadana de sus representados. Tanto en 1978 como en 1983, la mayoría de la izquierda creyó que monopolizaría la representación de esos nuevos sectores que ingresaban a la escena política, pues asoció su momento más perfilado y radical con una vocación socialista, y confundió su propio rechazo al capitalismo con un similar rechazo popular. Sin embargo, en vez de agudizar la polarización, la combinación de crisis y violencia fue empujando más bien al electorado hacia el centro del espectro político en busca de seguridad. Pero lo interesante para nuestro argumento es que cada vez que la izquierda trastabillaba, quien recogía el voto de esos sectores no era, por ejemplo, el clasista PPC, antecedente gris de Libertad, sino Alan García, retoño tardío del aprismo, y antes Belaunde. Además de haberse ubicado en las inmediaciones del centro político, plétorico de votos, ambos eran conspicuos representantes de partidos que quedaron en la memoria histórica por su participación en las oleadas democratizadoras previas a los maremotos políticos del último docenio.

En 1990, ser obrero ya no sólo era algo relativo sino casi imposible; el trabajo por cuenta propia y la informalidad se volvían no sólo una necesidad sino una aspiración, pues conforme se deterioraban los salarios los informales resultaban, dentro del pueblo, el sector que mejor resistía la crisis (véase gráfico 4). En un mundo sin historia, la coyuntura hubiera sido inmejorable para una propuesta como la del FREDEMO, que teóricamente se dirigía a esa base social informal, cada vez más desorganizada, a la cual el liberalismo le podía entonces trocar la igualdad política por la igualdad de oportunidades y

reemplazar el concepto de ciudadano por el de consumidor, propietario o en última instancia por el de informal, que logra la igualdad vía el acceso al mercado y no mediante la conquista de derechos democráticos (Adrianzén 1990).

Sin embargo, triunfó Fujimori. Como si a partir de las hilachas de programa, los fragmentos de carisma, los microscópicos indicios que tal vez sin ni siquiera proponérselo ofrecía Fujimori los electores hubieran reconstruido febrilmente, en apenas tres semanas, una imagen con la cual intentar otra vez, tercamente, la democracia y la modernidad por una vía que, al menos en tanto mayoritaria, podemos llamar nacional. Se reafirmaron, a pesar de su debilidad presente, en su opción por una ciudadanía plena dentro de un país pluricultural y multiétnico, un Perú de "todas las sangres", en palabras de Arguedas. Porque votaron sin tener en cuenta raza y religión; rechazando la ofensiva racista contra Fujimori y la ofensiva religiosa contra los evangélicos.

#### *4. Los límites de una victoria inesperada*

En tanto sabemos ya que la historia no es siempre una larga marcha ascendente hacia picos cada vez más altos y humanos, pongamos sin embargo freno a cualquier entusiasmo excesivo y ensayemos la hipótesis contraria. Por un lado, después de dos décadas (tres si nos remontamos el primer Belaunde, seis si retrocedemos hasta el APRA auroral) de fracasos en los intentos de construcción nacional y representación política, es posible que así como la mayoría del electorado va corriendo cada vez más hacia la derecha del espectro político, también sus valores se vayan acercando a la "aculturación". El triunfo de Fujimori podría entenderse entonces de diferen

te manera. Con su voto, los sectores de los cuales hemos venido hablando habrían hecho un rodeo para eludir a los criollos y encontrar un camino más corto hacia el "occidente" vargasllosiano, en el cual ellos terminen ocupando una posición más favorable.

Esta posibilidad puede advertirse en diversos aspectos, algunos al parecer nimios, pero que antropólogos y psicólogos saben que pueden ser importantes: los nombres, por ejemplo, algo tan personal. Digamos algo sobre ellos. Parte de la liberación de los siervos fue el romper los grilletos del santoral católico, escapando de nombres muchas veces impuestos por el cura o el padrino *mistis*. Adios a Epifanias, Crisóstomos y Asunciones. Pero ellos no son reemplazados por nombres criollos hispanos de abolengo como Alvaro o Gonzalo (ambos reveladores seudónimos de Abimael Guzmán). Los criollos no se convierten en meta de una posible igualdad. En las nuevas generaciones de migrantes es la libertad total: aparecen nombres como Pelé, Bruslí, Misut Yajaira, Alex Sanders. Desde ídolos del deporte o la televisión, hasta los que parecieran simples juegos fonéticos<sup>35</sup>. Pero salvo algunos intelectuales, nadie llama a sus hijos Huáscar o Cusi Coyllur. En cambio, abundan los nombres ingleses. El modelo estaría fuera. Puede estarlo sin necesidad de intermediarios criollos porque a diferencia de lo que piensa MVLL, el mundo andino no es aislado, y menos aún lo es el mundo de los migrantes andinos en las ciudades. No sólo carreteras y medios de comunicación masiva lo vinculan al resto del mundo. Hoy no debe existir provincia y casi ningún distrito del país que no tenga un oriundo viviendo en el extranjero. Muchos de ellos también se perciben y son

35. Sobre nombres y migrantes véase: Degregori 1983.



vistos por su entorno social como "triunfadores"<sup>36</sup>.

La votación por Fujimori podría indicar, además, en cierta medida y en algunos sectores, una falta de confianza en las propias fuerzas. Luego del fracaso de los representantes "naturales" (en los varios sentidos de la palabra) de derecha, centro e izquierda, se escoge al inmigrante, que si bien pertenece a un grupo étnico ubicado cerca del imaginario popular, se le sigue por otro lado percibiendo como "chino", y en ese sentido como vínculo o puente con el Extremo Oriente, que hoy aparece identificado con los Cuatro Tigres, la Cuenca del Pacífico y el futuro poder hegemónico del capitalismo mundial en el S.XXI. En conversaciones personales dispersas, se podía encontrar desde la señora que decía: "cómo voy a votar por Vargas Llosa, ese es un extranjero", pasando por muchos que esperaban que a través de Fujimori pudiera venir ayuda económica del Japón, hasta quien afirmaba que "los peruanos nunca hemos podido solos, antes tuvieron que venir San Martín y Bolívar, ojalá vengan ahora los japoneses".

En todo caso, aún cuando mantuviéramos consistentemente esta posición, habría que admitir que en esta hipótesis los votantes por Fujimori estarían decidiendo una forma más "nativa", propia o "nacional" de alienarse y de perderse en el nirvana del gran Occidente.

El voto por Fujimori en conclusión, es un producto ambiguo. Expresa un nivel de reafirmación étnico nacional, pero en momentos de profunda crisis y frustración; cuando la resisten

36. Para un primer estudio antropológico sobre migrantes peruanos en EE.UU., véase: Altamirano (1990). Según dicho autor, el número de peruanos en EE.UU. asciende aproximadamente a 300 mil. La cifra podría ser mayor.

cia, en su forma de apropiación/transformación de los instrumentos de dominación del adversario, afloja y puede convertirse en simple aceptación de esos instrumentos y de dicha dominación. Lo que no es ambiguo es el rechazo a lo criollo-pituco, identificado como obstáculo a la construcción nacional o/y la inserción ventajosa en la modernidad.

Por otro lado, la victoria de Fujimori aparece como una suerte de ¿última? línea de defensa y no como parte de un avance sostenido de sus votantes, que bloquearon el triunfo del FREDEMO, pero sin enarbolar las banderas de una alternativa coherente. Como se sabe, el candidato de Cambio 90 triunfó efectivamente sin programa, sin equipo y sin base social organizada. Nada garantiza, por tanto, que el suyo sea un gobierno democrático, que revierta la tendencia a la desorganización social. La crisis de los partidos y la profunda debilidad de las organizaciones sociales, otorga al poder un grado de autonomía demasiado grande y peligroso; y a las adhesiones políticas un carácter muy frágil. Para tratar de contrarrestar esas debilidades el nuevo gobierno recurre crecientemente a los militares dentro de un marco cada vez más autoritario. La actual política económica, que arroja a buena parte del país a las ollas comunes y a las porciúnculas de los conventos, acentúa esos peligros.

El proceso electoral y su desenlace anunciaban, pues, la fragilidad y volatilidad del actual gobierno y del conjunto del sistema político peruano, porque la crisis del país no es sólo económica sino también de representación política y autoridad moral. Una nueva sociedad plebeya multiétnica sigue sin encontrar expresión en el Estado.

## EPILOGO

### *De cómo la zorra no supo ser erizo*

Comenzamos este trabajo sorprendiéndonos de que alguien que en la literatura describió tan finamente los conflictos étnico-culturales producidos en el país por la modernización y por Occidente, haya sido tan absolutamente ciego a esos mismos conflictos al ingresar en la política. Por momentos parecía como si el autor, demiurgo de un universo tan complejo, se hubiera sumergido en alguna de sus novelas y hubiera quedado encarnado/atrapado en alguno de sus personajes. Pero al revés de lo que sucede en *La rosa púrpura de El Cairo*, el film de Woody Allen donde el cowboy unidimensional sale de la pantalla para probar suerte en el mundo real, MVLl parecía haber fugado de nuestro complejo mundo real para encarnarse en uno de sus personajes más unidimensionales, la Madre Angélica o la Madre Patrocinio, por ejemplo. Medio siglo más tarde que esas religiosas, pero imbuido de su misma convicción y terquedad, intenta llevar "por su bien", ya no sólo a las niñas aguarunas sino al conjunto del pueblo peruano al Santa María de Nieva de su modernidad, para que habite la otra cara del Camelot que su entorno criollo burgués esperaba construir y disfrutar: la otra Casa Verde.

Tal vez más que todo lo que hasta aquí hemos dicho, sean palabras del propio Vargas Llosa las

que permitan comprender mejor esta transformación. En 1981 MVLL escribió *Un héroe de nuestro tiempo*, presentación al libro *El erizo y la zorra*, de Isaiah Berlin. Según este autor, los erizos tienen una visión centripeta, sistematizada de la vida, un principio ordenado en función del cual tienen sentido y se ensamblan los acontecimientos históricos y los menudos sucesos individuales, la persona y la sociedad. Las zorras son lo contrario: omnívoras, desordenadas, multiformes.. Fueron erizos: Dante, Platón, Hegel, Dostoyevski, Nietzsche, Proust. También Agustín de Hipona y Tomás de Aquino en la fe; Sade, Marx y Freud en la razón. Fueron zorras: Shakespeare, Aristóteles, Montaigne, Molière, Goethe, Balzac, Joyce.

Utilizando la terminología de Berlin, MVLL sostiene que: "disfrazado o explícito, en todo erizo hay un fanático; en toda zorra un escéptico". Y define como el dominio natural de los erizos el campo de la política: "donde las explicaciones totalizadoras, claras y coherentes de los problemas son siempre más populares y, al menos en apariencia, más eficaces a la hora de gobernar" (p.29).

Pero a continuación añade la que tal vez sea la frase clave:

"Todas las zorras vivimos envidiando perpetuamente a los erizos. Para éstos la vida siempre es más vivible. Aunque las vicisitudes de la existencia sean en ambos idénticas, por una misteriosa razón, sufrir y morir resultan menos difíciles e intolerables - a veces, fáciles - cuando uno se siente poseedor de una verdad universal y central, una pieza perfectamente nítida dentro de ese mecanismo que es la vida y cuyo funcionamiento cree conocer" (pp.29-30).

Podemos imaginar que en algún momento de la década de 1980, tentado por sus amigos erizos de Acción Popular, invitado insistentemente desde fines de los años 70 por el erizo Belaunde a "entrar en la política", como cuenta en la entrevista de *Expreso* (p.3), finalmente angustiado o envidioso, el escéptico Vargas Llosa se decidió al gran cambio, a poseer una verdad universal, lo cual significaba para él una transformación brutal, pues en la misma presentación al libro de Berlín afirmaba:

"Hace algunos años perdí el gusto a las utopías políticas, esos apocalipsis que prometen bajar el cielo a la tierra: más bien suelen provocar iniquidades tan graves como las que quisieron remediar. Desde entonces pienso que el sentido común es la más valiosa de las virtudes políticas" (pp.13-14).

Y entonces lo vimos, anunciando el apocalipsis del *shock* como requisito indispensable para disfrutar luego de la utópica tierra prometida de la modernidad; tratando desesperadamente de parecer convincente; cerrándose sobre sí mismo y su verdad; erizándose ante la posibilidad de acuerdos y compromisos; olvidando sus propias palabras:

"El verdadero progreso, aquel que ha hecho retroceder o desaparecer los usos y las instituciones bárbaras que eran fuente de infinito sufrimiento para el hombre y han establecido relaciones y estilos más civilizados de vida, se han alcanzado siempre gracias a una aplicación sólo parcial, heterodoxa, deformada, de las teorías sociales. De las teorías sociales *en plural*, lo que sig

nifica que sistemas ideológicos diferentes, a veces irreconciliables, han determinado progresos idénticos o parecidos. El requisito fue siempre que estos sistemas fueran flexibles..." (p.14)

A Mario Vargas Llosa, plétórico de imaginación literaria, le faltó imaginación y flexibilidad políticas. Y esta puede haber sido simplemente la historia de la zorra que no supo ser erizo.

## BIBLIOGRAFIA

- ADRIANZÉN, Alberto  
1987 "Democracia y tradición política", en: **Pensamiento político peruano**, DESCO, Lima, pp.15-46.  
1990 **Políticas y transformaciones culturales en el área andina**, Informe presentado a CLACSO, Buenos Aires.
- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo  
1970 **El proceso de aculturación y el cambio sociocultural en México**, Edit. Comunidad, Instituto de Ciencias Sociales, México (primera edic., 1958).
- ALFARO, Rosa María  
1987 **De la conquista de la ciudad a la apropiación de la palabra**, Ed. Tarea, Lima.
- ALTAMIRANO, Teófilo  
1990 **Los que se fueron, peruanos en Estados Unidos**, PUC, Lima.
- ANSIÓN, Juan (editor)  
1989 **Pisbtacos, de verdugos a sacaojos**, Ed. Tarea, Lima.
- ARGUEDAS, José María  
1983 "No soy un aculturado", palabras en el acto de (1968) entrega del premio 'Inca Garcilaso de la Vega', presentación a: **El zorro de arriba y el zorro de abajo**, Edit. Horizonte, Lima, pp. 9-11.
- BASADRE, Jorge  
1980 **La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú**, Mosca Azul editores, Lima.
- BERLIN, Isaiah  
1979 "Dos conceptos de libertad", en: **Filosofía Política**, Anthony Quinton editor, Fondo de Cultura Económica, México.

COTLER, Julio

- 1969 "La mecánica de la dominación interna y del cambio social en la sociedad rural", en: **Perú Problema** N° 1, IEP, Lima, pp.153-197.

DE SOTO, Hernando

- 1986 **El otro Sendero. La revolución Informal**, ILD, Lima.

DEGREGORI, Carlos Iván

- 1983 "De nombres y migrantes", en: **El Diario de Marka**, 29.7.83, p. 15.
- 1985 **Sendero Lumiuoso I. Los bondos y mortales desencuentros. II. Lucha armada y utopía autoritaria**, IEP, Documentos de Trabajo N° 4 y 6, Lima.
- 1986 "Del mito de Inkarrí al 'mito' del progreso. Poblaciones andinas, cultura e identidad nacional", en: **Socialismo y Participación** N° 36, Lima, diciembre, pp.49-56.
- 1989a **Qué difícil es ser Dios. Ideología y violencia política en Sendero Luminoso**, El zorro de abajo ediciones, Lima.
- 1989b "El regreso de los pishtacos", en: Ansión edito **Pishtacos, de verdugos a sacaojos**, Edil Tarea, Lima, pp.109-114.
- 1990 **El surgimiento de Sendero Luminoso. Ayacucho 1969-1979**, IEP, Lima.

DEGREGORI, Carlos Iván; Cecilia BLONDET y Nicolás LYNCH

- 1986 **Conquistadores de un nuevo mundo. De invasores a ciudadanos en San Martín de Porres**, IEP, Lima.

FRANCO, Carlos

- 1985 "Nación, Estado y clases: condiciones del debate en los 80", en: **Socialismo y Participación** N°29, Lima, marzo, pp.1-16.
- 1990 **La otra modernidad**, ponencia presentada al Coloquio sobre Modernidad, Centro Bartolomé de las Casas, Lima (en prensa).

FLORES GALINDO, Alberto

- 1987 **Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes**, Instituto de Apoyo Agraria, Lima.

GOLTE, Jürgen y Norma ADAMS

- 1986 **Los caballos de Troya de los Iuvasores. Estrategias campesinas en la conquista de la Gran Lima**, IEP, Lima.

GORRITI, Gustavo

- 1990 **Sendero, historia de la guerra milenaria en el Perú**, tomo I, Editorial Apoyo, Lima.



GRANADOS, Manuel

1988 "Los Israelitas", en: **Socialismo y Participación** N°41, Lima, marzo, pp. 95-106.

GUTIÉRREZ, Miguel

1988 **La generación del 50: un mundo dividido**, Edición del autor, Lima.

LÓPEZ, Sinesio

1979 "De imperio a nacionalidades oprimidas", en: **Nueva Historia General del Perú**, Mosca Azul edit., Lima, pp.231-264.

MARIÁTEGUI, José Carlos

1970a (1927) "Heterodoxia de la tradición", en: **Peruanicemos el Perú**, Obras Completas, tomo 11, Ed. Amauta, Lima, pp.117-120.

1970b (1927) "La tradición nacional", en: **Peruanicemos el Perú**, Obras Completas, tomo 11, Ed. Amauta, Lima, pp.121-123.

MANRIQUE, Nelson

1990 "Violencia e imaginario social en el Perú contemporáneo", en: **Tiempo de ira y amor**, DESCO, Lima, pp.47-76.

MORSE, Richard

1982 **El espejo de Prospero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo**, Siglo XXI Ed., México.

OSSIO, Juan

1990 "El lento camino hacia la democracia", en: **Expreso** 18.4.90, p.7.

PÁGINA LIBRE

1990 **Fujimori-Vargas Llosa. El debate. Dos rostros de un país de cara a su futuro**, Página Libre 4.6.90, pp.3-12.

PLANAS, Pedro

1990 "Los consejos de Agripina", en: **Oiga** N° 480, 30.4.90, pp.28-32.

PORTOCARRERO, Gonzalo

1990 **Crisis social y fantasmas coloniales: los sacaojos**, Ponencia presentada al Coloquio Mundo Andino y Violencia, CLACSO, Quito 2-6 de abril.

PORTOCARRERO, Gonzalo y Patricia OLIART

1989 **El Perú desde la Escuela**, Instituto de Apoyo Agrario, Lima.

QUIJANO, Anibal

1980 (1964) **Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú**, Mosca Azul edit., Lima.

ROSPIGLIOSI, Fernando

1990 **Perú, sorprendentes resultados**, IEP, mimeo.

ROWE, John H.

- 1955 "Movimiento nacional inca del siglo XVIII", en: **Revista Universitaria del Cusco**, N° 107, 2do. semestre, pp.3-33.

SCOTT, James

- 1986 **Weapons of the Weak**, Yale University Press, New Haven, USA.

SPALDING, Karen

- 1974 **De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial**, IEP, Lima.

TRAZEGNIES, Fernando de

- 1987 "La genealogía del derecho peruano. los juegos de trueques y préstamos", en: **Pensamiento político peruano**, Alberto Adrianzén editor, DESCO, Lima, pp.99-134.

TUESTA, Fernando

- 1987 **Perú político en cifras. Elite política y elecciones**, Fundación Friedrich Ebert, Lima.

VALCÁRCEL, Luis E.

- 1972 **Tempestad en los Andes**, Editorial Universo, (1927) Lima.

VARGAS LLOSA, Mario

- 1965 **La casa verde**, Seix Barral ed., Barcelona.

- 1981 **La guerra del fin del mundo**, Seix Barral ed., Barcelona-Ca racas-México.

- 1981 "Un héroe de nuestro tiempo", presentación a: **El erizo y la zorra**, de Isaiah Berlin, Muchnik edit., Barcelona, pp. 9-35.

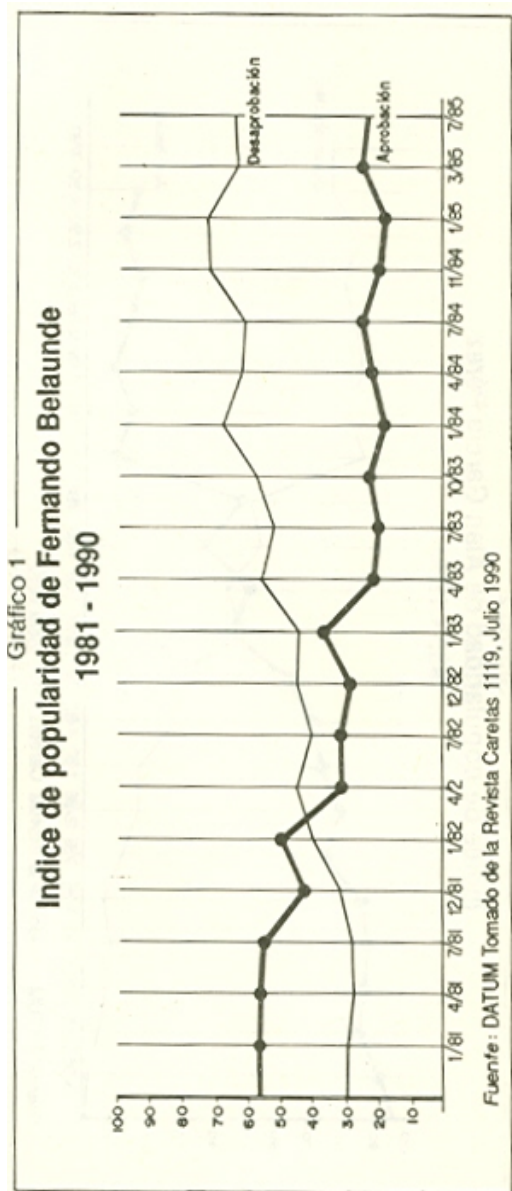
- 1983 "Un champancito, hermanito?", en: **El Comercio**, Lima, 28.8.83, p.2.

- 1986 "Arguedas: la utopía arcaica", en: **Agro**, Año III, N° 5, pp. 24-36, Lima, febrero.

- 1989 "Entrevista exclusiva de Expreso al candidato a la presidencia de la República por el Frente Democrático: Mario Vargas Llosa", en: **Expreso** 27.8.89, Lima, Suplemento de 16 páginas. Entrevista a cargo de Althaus, Jaime y Federico Prieto Celi, con la participación de Jorge Morelli, Lourdes Flores y Eduardo Deza.

- 1990 "Informe sobre Uchuraccay", en: **Contraviento y marea 3: 1964-1988**, Edit. Peisa, Lima, pp. 79114.

## **ANEXO**



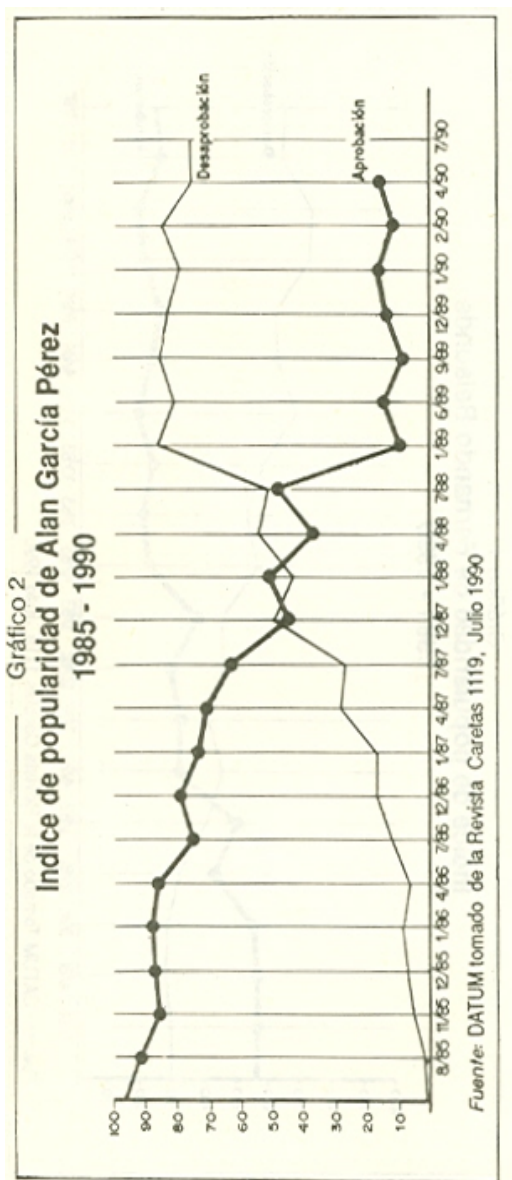
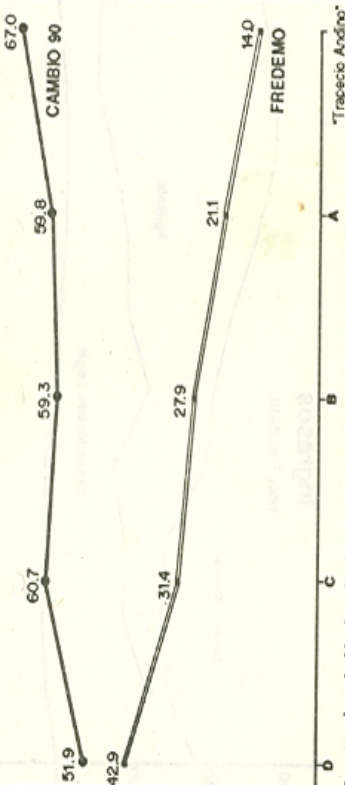


Gráfico 3

### Votación obtenida por CAMBIO 90 y FREDEMO en la segunda vuelta electoral, según Mapa de la Pobreza y en el "Trapecio Andino" (porcentajes)

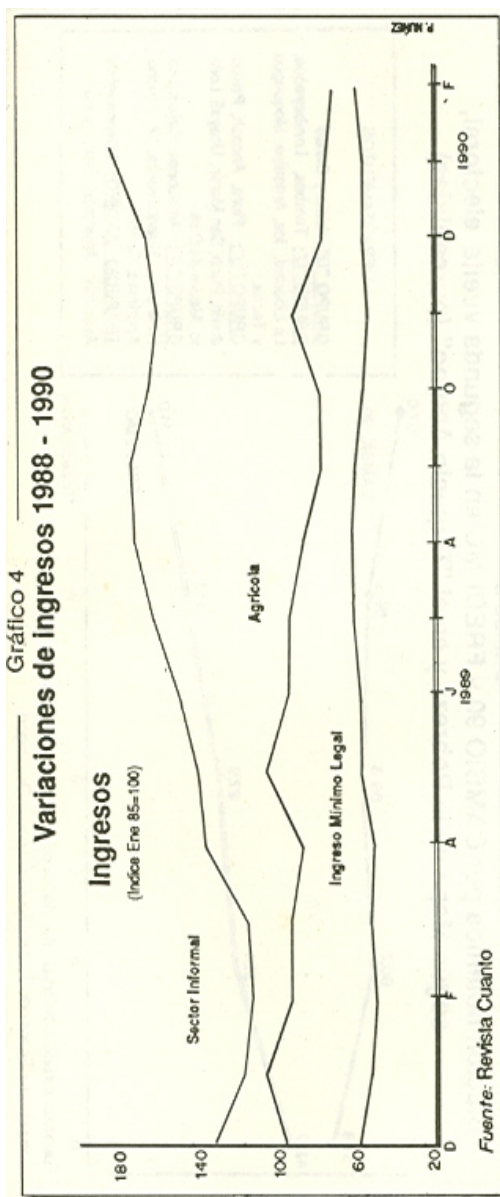


#### DEPARTAMENTOS

**GRUPO "D":** Lima y Callao  
**GRUPO "C":** Tumbes, Lambayeque, La Libertad, Ica, Arequipa, Moquegua y Tacna  
**GRUPO "B":** Piura, Ancash, Pasco, Junín, Puno, San Martín, Ucayali, Loreto, Madre de Dios  
**GRUPO "A":** Amazonas, Cajamarca, Huánuco, Huancavelica, Ayacucho, Apurímac, Cusco  
**TRAPECIO ANDINO:** Huancavelica, Ayacucho, Apurímac, Cusco y Puno

Fuentes: Jurado Nacional de Elecciones - Banco Central de Reserva

Elaboración: Fernando Rospigliosi / Carlos I. Degregori



La composición de **Elecciones 1990**.  
**Demonios y redentores en el nuevo Perú** fue realizada en el Instituto de Estudios Peruanos y estuvo a cargo de Aída Nagata. El texto se presenta en caracteres Times de 10 p. con 2 p. de interlínea; las notas de pie de página y bibliografía en 8 p. con 1 p. de interlínea. La caja mide 17 x 39 picas. Los montajes fueron realizados por Hernán Prada. Se terminó de imprimir el mes de marzo de 1991 en los Talleres de Gráficos S.R.L., Seoane 307 - 302, San Borja.